

NA: 314557

R. 53.590



IN VERITATE  
LIBERTAS

UNIVERSIDAD SAN PABLO CEU  
BIBLIOTECA  
GIL MUNILLA

GM/185

INDULGENCIA

PARA TODOS.



*Comedia original en cinco  
actos por don Manuel  
Eduardo de Gorostiza.*



MADRID 1818.



EN LA IMPRENTA DE CANO.

*Se hallará en la librería de Gonzalez,  
frente á la casa de los Gremios.*

INDULGENCIA

PARA TODOS.

---

*La lei castiga las faltas,  
Y el hombre las compadece.*

ACTO II. SCEN. VI.

---

## Á ANARDA.

*Por justificar la lisongera opinion que merecí á V. luego que tuve la dicha de conocerla, he deseado que mi nombre saliese de la oscuridad á que le habian condenado mi natural indolencia, y los sinsabores que acompañaron los primeros años de mi juventud. Si algun dia llega aquel á ser pronunciado con aprecio por mis com-*



*patriotas , á V. solo se le deberá ; y por lo tanto permítame V. ofrezca á sus pies este ensayo dramático , como muestra de lo que podré hacer , como prueba irrefragable de mi invariable amistad , de mi respeto , de mi admiracion.*

Madrid 1. de agosto de 1818.

*Manuel Eduardo de Gorostiza.*

PERSONAS.

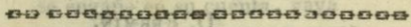
5

- 
- D. FERMIN DE PERALTA*, vecino de una villa de Navarra, y padre de Sr. Antonio Guzman.
- DoÑA TOMASA*, y de Sra. Agustina Torre.
- D. CARLOS*, amigo de Sr. Bernardo AVECILLA.
- D. SEVERO DE MENDOZA*, caballero vizcaino, aunque con su familia establecida en Castilla, y tratado de casar con Doña Tomasa. Sr. Isidoro Maiquez.
- D. PEDRO ARISMENDI*, alcalde mayor del pueblo, y amigo de D. Fermín. Sr. Joaquin Caprara.
- COLASA*, criada de Doña Tomasa. Sra. Gertrudis Torres.
- GASPAR*, criado de D. Severo. Sr. Santiago Casanova.

*La Scena se figura en una villa pequeña de Navarra.*

*El Teatro representa una sala de la casa de don Fermin , adornada con decencia , pero con muebles algo antiguos. Estará blanqueada solamente , con algun otro cuadro , &c. y esta sala tendrá dos puertas ; una que conduce á la entrada de la casa , y será la del foro , y otra que conduce á las habitaciones de la familia.*

*La Accion principia á las seis de la tarde , y da fin á las doce del dia siguiente.*



**ACTO PRIMERO.**

**SCENA I.**

*D. FERMIN Y D. CARLOS.*

**D. FERMIN.**

¿Con que hoy llega?

**D. CARLOS.**

Si, señor,  
hoy mismo, ó miente la carta  
que acabo de recibir  
de D. Jaime.

**D. FERMIN.**

Su tardanza  
me empezaba á dar cuidado.

**D. CARLOS.**

Pues á fé que no me daba

á mi ninguno.

D. FERMIN.

¿Y por qué?

D. CARLOS.

Porque fuera una bobada.  
 En un camino, señor,  
 la menor cosa embaraza,  
 y detiene y descompone.  
 Además no encuentro tanta  
 la diferencia. El nos dijo  
 que llegaría sin falta  
 el lunes, y llega el martes.

D. FERMIN.

Ya se ve. Con la cachaza  
 que gastan los mozalvetes  
 ahora, nada importa nada.  
 Lunes dijo; y llega martes:  
 lo mismo es.

D. CARLOS.

La cuenta es clara.  
 De todos modos un día  
 mas ó menos.....

D. FERMIN.

Hombre, calla  
 con Barrabás, y no digas  
 disparates. Que el que viaja

por interés ó capricho  
se engañe en su cuenta, vaya  
con mil diablos ; pero un novio  
á quien espera la blanca  
mano de una doncellita,  
por fin y postre, ¿ no es gaita  
que se venga equivocando  
á la primera jornada?

D. CARLOS.

A veces.....

D. FERMIN.

Nunca hai disculpa.  
Ahora y siempre quien se casa  
debe conocer al menos  
el almanaque.

D. CARLOS.

Tomasa  
no juzgará ciertamente  
á su novio con tan rara  
severidad.

D. FERMIN.

Que lo juzgue  
como quiera. Todo cambia,  
y en todo hai moda. Por eso  
no estrañaré que á tu hermana  
le parezca una lindeza,  
lo que en mis tiempos bastaba



para aguar mas de mil bodas.

D. CARLOS.

Ya tenemos en campaña  
aquellos benditos tiempos.

D. FERMIN.

No que no. Si fuera chánza....  
Por mucho menos tu tia  
Doña Leonor de Peralta  
y Quincoces dió á su novio  
unas sendas calabazas,  
sin mirar que era marques,  
y rico, y tonto.

D. CARLOS.

¡ Ai que es nada  
lo del ojo! Y diga vmd.  
¿ por qué hizo tal mogiganga  
la buena doña Leonor?

D. FERMIN.

Yo lo diré; pues me hallaba  
precisamente en la iglesia  
cuando el caso. Todo estaba  
preparado: el organista  
en su puesto: las arañas  
encendidas: los chiquillos  
á la puerta, y las tapadas  
mui cerquita de la novia  
para ver si se cortaba.

Solo en fin, faltaba el cura  
para casarlos.

D. CARLOS.

Pues falta  
era.

D. FERMIN.

No tanta, que estuvo  
la cosa mas apurada  
de lo que á ti te parece.  
El sacristan era rana,  
no lo niego, y aun el mejor  
tabernero de Navarra,  
segun dijeron entonces;  
pero él solo fue la causa  
de todo, con las mejores  
intenciones, y las mas malas  
resultas que puede haber.

D. CARLOS.

La intencion siempre le salva.

D. FERMIN.

Sí; pero ¿á quien se le ocurre,  
sin esperar á que salga  
el cura, y por abreviar  
y pillar pronto las tarjas,  
el decir á novio y novia  
que las manos se tomaran?  
Ya se ve, el pobre cuitado,

á fuerza de amor, estaba como estan todos los novios, sin saber lo que les pasa, ni lo que hacen, y por dar la mano derecha, alarga la zurda, y zas, mi marques equivoca la estocada.

D. CARLOS.

¡Oiga y qué lance!

D. FERMIN.

Tu tia era mui buena. Una santa casi, casi; pero en punto á el honor mui delicada. Asi, ó porque tuvo agüero, ó porque le diese rabia al ver que todos rieron del marques la borricada, lo cierto es, que una congoja le dió alli mismo tan larga, que la tuvimos por muerta. El doctor, que la enterraran dispuso ya.

D. CARLOS.

¿Y se enterró?

D. FERMIN.

No; porque como esperanzas

nos diera el sepulturero,  
 quisimos ver si acertaba,  
 y quiso Dios que acertase.  
 Pero ¡ai Carlos! ¡qué mudanza!  
 Luego que tornó á la vida,  
 dijo que no se casaba,  
 y no se casó, no hai mas,  
 que no se casó.

D. CARLOS.

Pues basta,  
 y sobra cuanto habeis dicho  
 para probar que se amaba  
 de otro modo en vuestros tiempos;  
 pero padre, está mi hermana  
 en un caso mui distinto  
 que su tia. Si el novio tarda,  
 ignoramos los motivos.  
 Dejad que llegue, y la causa  
 sabremos.

D. FERMIN.

Lo que te digo  
 es, que entonces no escapára  
 tan ahinas.

D. CARLOS.

Señor, entonces  
 una mula se encojaba  
 con igual facilidad  
 que ahora. Tambien en posadas

quedaban trasconejados  
gorros, pelucas y batas.  
Si una rueda se rompía,  
si un zagal se emborrachaba,  
como se rompen y aturcan  
los presentes; si en España  
no se andaba por los aires,  
dígole á vmd.....

D. FERMIN.

Que me cansas,  
y me secas y fastidias:  
basta ya por Dios. Colasa?

COLASA.

¿Señor? *desde adentro.*

D. CARLOS.

Otras son las cosas  
que á mi me asustan.

D. FERMIN.

¿Qué?

D. CARLOS.

Nada.

D. FERMIN.

Vaya, dilo, no me vengas  
ahora con medias palabras  
á guisa de covachuelo.



D. CARLOS.

Pues, señor, no es la tardanza,  
que es el genio de mi amigo  
el que solo me acobarda:  
su genio, su poco mundo,  
su austeridad, su....

D. FERMIN.

¿Muchacha? *llamando.*  
esta maldita está sorda.

SCENA II.

COLASA Y LOS DICHOS.

COLASA.

¿Mande vmd.?

D. FERMIN.

¿Dónde te hallabas,  
diablo, que siempre es preciso  
desgañitarse?

COLASA.

¡Caramba!  
despues que estoi todo el dia  
hecha un azacan, regaña  
vmd.



D. FERMIN.

Muger, no es reñir,  
es preguntar donde estabas,  
y qué hacias.

COLASA.

Limpiar el cuarto  
del huesped, hacer la cama,  
y tenerlo todo pronto  
para cuando llegue.

D. FERMIN.

Braba  
mozuela. Y dime, ¿qué colcha  
has puesto?

COLASA.

¡Toma! la blanca  
de damasco.

D. FERMIN.

Te confieso  
que temí no le encajaras  
la de filipichi.

COLASA.

Bueno  
hubiera sido.

D. FERMIN.

Y la tohalla,

el espejo, la escobilla,  
el jarro y la palancana,  
¿ está todo en su lugar?

COLASA.

Todo está.

D. FERMIN.

Pues ahora, marcha,  
y clávate en el balcon,  
sin andar en garambainas,  
ni muecas con el herrero  
de enfrente; y avisa, Colasa,  
en sonando campanillas.

COLASA.

Para autorizar las casas  
nunca hace falta una mona,  
en tanto que haya criadas.

D. CARLOS.

Ya está aquí nuestro D. Pedro.

D. FERMIN.

Qué D. Pedro ó calabaza?

D. CARLOS.

Toma! el alcalde mayor.

## SCENA III.

D. PEDRO Y DICHOS, menos  
COLASA.

D. FERMIN.

¡Jesús, qué milagro! vaya,  
no esperaba tan temprano  
á vmd.

D. PEDRO.

Vmd. es la causa  
amigo.

D. FERMIN.

Pues me lo cuelgo  
con gusto.

D. PEDRO.

Anoche quedaba  
vmd. con tal impaciencia  
por su yerno, que....

D. FERMIN.

Mil gracias;  
mas ya salí del cuidado.

D. PEDRO.

¡Ola!

D. FERMIN.

Si señor. La carta que veis es de aquel D. Jayme, un hidalgo de Tafalla, que antes fué torero...

D. PEDRO.

¿Aquel que vive en la misma plaza entre el cura y la botica?

D. FERMIN.

El mismo que viste y calza.

D. PEDRO.

¿Y que dice el buen hidalgo?

D. FERMIN.

Dice que durmió en su casa antes de anoche mi yerno, y que hoy llegará sin falta á la tardecita.

D. PEDRO.

Sea, pues que tanto se deseaba, mil veces enhorabuena.

D. FERMIN.

Mucho, en verdad, me alegrará

si ya estuviese hecho todo;  
 porque á lo menos me ahorra  
 de camorras.

D. PEDRO.

¿Que camorras?

en cosa ya tan tratada,  
 y que tanto os acomoda,  
 no se debe hablar palabra,  
 y dejar obrar al tiempo.

D. FERMIN.

Pues ahí verá vmd. Acaba  
 ahora mismo el señor mio  
 de volver á las andadas,  
 y repetir cuanto dijo  
 anoche.

D. CARLOS.

Si me dejara  
 vmd. hablar....

D. FERMIN.

¡Dios nos libre!

D. CARLOS.

La ventura de mi hermana  
 la encuentro comprometida:  
 ella será desgraciada  
 sin duda. Siempre lo dije,  
 y lo diré mientras haya



remedio.

D. FERMIN.

¿Pues tú no fuistes, hijo ó demonio, la causa de saber yo que existia tal hombre? ¿No le alababas á troche y moche? ¿Te acuerdas cuando fui por tí á Vergara, qué pesado y qué chinchoso estuvistes con las raras prendas, y torna las prendas, y el talento, y la motriaca de tu amigo, hasta obligarme á que le viese y tratara? Y entonces ¿de que te admiras si me gustó? ¿porque estrañas, que no siendo un pelagatos ademas, para Tomasa le haya escogido? Su padre, que se casó en Salamanca, siendo joven y estudiando lo que alli enseñan, gastaba coche, y era un caballero á quien yo traté en mi infancia, y con quien siempre seguí correspondencia por cartas.

D. CARLOS.

Lo mismo que dije entonces, repito ahora; y si palabra



me da vmd. de no enfadarse,  
 esplicaré lo que llama  
 en mi una contradicion.

D. PEDRO.

Oigámosle. á D. Fermin.

D. FERMIN.

¿Si? pues charla  
 cuanto quieras, hijo mio; <sup>sup</sup>  
 te concedo carta blanca.

D. CARLOS.

D. Severo de Mendoza  
 es un hombre á quien la sabia  
 naturaleza ha tratado  
 con tal indulgencia y tanta  
 prodigalidad, que apenas  
 se encuentra entre las humanas  
 ciencias, una, no que ignore,  
 sino en que no sobresalga.  
 Su talento, aplicacion  
 y lectura: su estremada  
 facilidad para cuanto  
 quiere áprender, y que allana  
 en su favor los escollos,  
 que á tantos detienen, causan  
 verdadera admiracion.  
 Yo le conocí en Vergara,  
 en donde de Humanidades  
 la cátedra profesaba,

y en donde tuvo principio  
la amistad que nos enlaza;  
su figura es agradable,  
su corazón noble; se halla  
en aquella edad preciosa  
en que ya desenrolladas  
nuestras facultades, pueden  
realizar sus esperanzas.

D. PEDRO.

¿Qué edad tiene?

D. CARLOS.

Treinta y cinco.

D. FERMIN.

Si, sin lo que anduvo á gatas.  
El año de ochenta y cuatro...

D. CARLOS.

En fin, una sola mancha  
deslucé cuadro tan bello,  
y un defecto es el que se halla  
en él.

D. FERMIN.

¿Y cual?

D. CARLOS.

No tener  
ninguno.

D. FERMIN.

¡ Miren que tacha !

D. CARLOS.

Ann mas de lo que os parece,  
 que la propia desconfianza  
 es solo quien nos inclina  
 á escusar ajenas faltas.  
 Tiene el hombre mil tiranos,  
 que le sujetan ó arrastran,  
 que le empujan ó detienen,  
 que le humillan ó levantan:  
 el interes, la opinion,  
 las pasiones exaltadas,  
 los encontrados deberes,  
 las distintas circunstancias  
 en que cada cual se encuentra,  
 son otras tantas borrascas  
 donde el piloto mas diestro,  
 sino perece, naufraga.  
 Y bien, ¿ cómo exigiremos  
 indulgencia y tolerancia  
 de quien jamás ha sufrido,  
 de quien ignora las varias  
 vicisitudes que afligen  
 nuestra existencia precaria?  
 Este es el caso, señor,  
 del novio. Desde su infancia  
 fué conducido al colegio;  
 alli dió tanta esperanza

sus progresos fueron tales, que sus mismos camaradas, y los profesores mismos vencieron su desconfianza, y le obligaron á que se opusiese á la espresada cátedra en lugar de irse con su padre á Salamanca, como quiso: hace, en efecto, esta oposicion, la gana, y desde entonces gustoso se dedica á la enseñanza de aquellos que poco antes sus iguales se juzgaban. Sin embargo, en nada influye esta rápida mudanza para sus inclinaciones: desde su estudio á las áulas, desde su casa al colegio su vida entretiene y pasa sin mas trato que sus libros; y aquesta pasion le aislara de suerte que desconoce el suelo que pisa. Su alma engañada, enardecida por lecturas exaltadas, otra existencia se crea tan ficticia como vana. Grecia y Roma es su universo: las virtudes celebradas de sus hijos, son las solas que

que le admiran y le inflaman:  
 con él no hay medio: á su lado  
 no se disimula nada; y  
 y merece su desprecio,  
 sino vive á la Espartana  
 el que le quiere tratar.

D. FERMIN.

¿Y qué consecuencia sacas  
 de toda esa relacion  
 de méritos?

D. CARLOS.

Una y clara.

Que quien no conoce el mundo  
 sino por libros, quien trata  
 de encontrar en cada hombre  
 un Caton, mucho se engaña  
 á sí mismo, y mil pesares  
 para los demas prepara.  
 La perfeccion está lejos  
 de nosotros por desgracia;  
 y el que se juzga perfecto,  
 mal podrá sufrir las trabas  
 que el lazo social impone,  
 ni tolerar con cachaza  
 de una muger los caprichos,  
 de un amigo la inconstancia,  
 de un hijo los devaneos,  
 ó de un suegro la acendrada  
 impertinencia.



D. FERMIN.

Pues, mira,  
 pienso que esos alpargatas  
 que dices, no dejarian  
 de tener una manada  
 de chiquillos, como tiene  
 cualquiera que ahora se casa;  
 y no ostante...

D. CARLOS.

Es que la historia  
 nos recuerda las hazañas;  
 pero no las peloterías,  
 que dentro de puertas pasan.  
 Tomasa, señor, es viva,  
 y en Madrid acostumbrada  
 al buen trato y diversiones,  
 no me parece muy árdua  
 empresa pronosticar  
 que no será afortunada,  
 teniendo siempre á su lado  
 un Censor, que la eche en cara  
 hasta lo mismo que forma  
 la existencia de una dama.  
 Tal es mi opinion. Vmd.  
 hacer podrá de su capa  
 un sayo, nada me importa,  
 pues cumplí con la sagrada  
 obligacion que tenia.



D. FERMIN.

Señor D. Pedro de mi alma,  
¿no es verdad que cuanto dice  
este mozo es una sarta  
de desatinos?

D. PEDRO.

No tal.  
Las reflexiones que acaba  
de manifestar D. Carlos  
antes bien son muy sensatas.

D. FERMIN.

¿Qué dice vmd?

D. PEDRO.

Lo que digo:  
que no arriendo la ganancia  
á Tomasita, si el novio  
es tal cual nos le retrata  
su hermano.

D. CARLOS.

Nada pondero.

D. PEDRO.

¿Y á Tomasita le agrada  
ese caracter adusto? á D. Fermin.

D. FERMIN.

No lo sé; pero apostara

á que sí; pues ella y todas  
lo que quieren es casaca.

D. PEDRO.

¿Se conocen?

D. FERMIN.

No se han visto  
jamás.

D. PEDRO.

Y la repugnancia  
de su hermano ¿no la asusta?

D. FERMIN.

Como está bien educada,  
nunca tuvo voluntad  
propia.

D. PEDRO.

¿O á manifestarla  
no se atrevió nunca? Amigo,  
vamos claros: la muchacha  
puede que felice sea;  
pero boda cimentada  
sobre bases tan endebles,  
promete cortas ventajas.

D. FERMIN.

Pero señor, ¿qué remedio  
tiene el asunto? Avisada

ya la parentela, escrito  
 al tio sumiller, las galas  
 compradas, y en casa..... vamos,  
 no es posible. Campanada  
 igual ni un negro la diera.

D. PEDRO.

Tampoco se desbarata  
 con esa facilidad  
 un lazo, en que interesadas  
 estan dos nobles familias.  
 Asi, pues, yo aconsejara  
 se ensayase solamente  
 un medio.....

D. FERMIN.

¿Alguna demanda  
 ante el Vicario?

D. PEDRO.

No es eso.

D. FERMIN.

Pues lo que es ir á la sala  
 no me atrevo: lo confieso.  
 Tengo mi casa atrasada  
 de tal modo con la guerra....  
 luego, ya vé vmd. las cargas  
 que se pagan, el granizo  
 que sufrimos por Marzo.

D. PEDRO.

Anda!

ya escampa y llueven guijarros.  
 No, D. Fermin, ne se zanja  
 tamañas dificultades  
 con pleitos, y aquel que trata  
 de componer un asunto  
 de familia sin jaranas  
 ni ruidos, nunca conviene  
 que empieze rompiendo lanzas.

D. FERMIN.

Pues eso quise decir.

D. PEDRO.

Ahora bien, yo me inclinara  
 á que inventásemos juntos  
 un buen ardid, que de chianza  
 tuviese el nombre, y que fuese  
 una leccion que enseñara  
 á ese filósofo grave,  
 que todos á igual distancia  
 estan de la perfeccion,  
 y qué.....

D. FERMIN.

Ya estoy. Vmd. trata  
 de que cayga de su burro,  
 ¿no es verdad?

D. PEDRO.

Pues.

D. FERMIN.

Y de que abra  
los ojos, y reconozca  
que él es de la misma pasta  
que su padre y que su madre,  
¿no es así?

D. PEDRO.

Cabal.

D. FERMIN.

Pues basta,  
corre de mi cuenta.

D. PEDRO.

¿Cómo?

D. FERMIN.

Lo dicho, dicho. Mañana  
estará mas blando el hombre  
que una breba.

D. PEDRO.

Pero.....

D. FERMIN.

Nada:



fiese viud. en mí. Se hará,  
y viud. me dará las gracias.

D. PEDRO.

Pero, en fin, sepamos cómo.

D. FERMIN.

Mañana al romper el alva  
tomo la mula, y me voy  
al convento de las Claras.  
Conozco allí al Capellan,  
que es un piquito de plata,  
todo un hombre, que estuvo  
consultado por la Cámara  
para una racion en Ceuta;  
y á saber donde se hallára  
en el dia, si el no la hubiera  
renunciado; pero, vaya,  
lo que el dice: vale mas  
servir con mucha eficacia  
mediã docela de madres,  
que agradecen y que pagan,  
que no meterse en cabildos.

D. PEDRO.  
Al grano por Dios.

D. FERMIN.

Cachaza,  
que no seré muy difuso.  
Digo, que mi confianza



entera la deposito  
 en la prudencia, en la lábia  
 de este docto Sacerdote ;  
 que lo traeremos á casa ,  
 y en dos ó tres encerronas  
 le pondrá como una malva.

D. PEDRO.

¡ Ay , D. Fermin ! y cuán poco  
 conoce vmd. nuestra humana  
 flaqueza ! vmd. se figura  
 que se curan con palabras  
 los ridiculos, los vicios  
 que la educacion arraiga  
 en nosotros ? Vmd. piensa  
 que una obra cimentada  
 por el tiempo y la costumbre,  
 se destruye ó desbarata  
 con retóricos discursos ?  
 Pues no , amigo , vmd. se engaña.  
 El hombre es tan material,  
 que para que se persuada  
 de un error , es fuerza que antes  
 se enteren y satisfagan  
 los sentidos ; que lo toque ,  
 que lo vea , que la acerada  
 espuela del desengaño  
 sienta , y sufra.....

D. FERMIN.

Con qué ; nada

aprovecha un buen talento?

D. PEDRO.

¿Quién dice que no? El acaba la conversion, apreciando las ventajas que se ganan, y los riesgos que se evitan.

D. CARLOS.

Es el cachetero.

D. FERMIN,

Calla.

D. PEDRO.

Ejemplos y no sermones es mi receta.

D. FERMIN.

Pues caigan mas ejemplos sobre el novio, que pelos quiere una calva, y amigos tiene un ministro.

D. PEDRO.

¿Con que vnds. me dan amplias facultades?

D. FERMIN.

Si señor.

D. PEDRO.

Pues , amigos , oid mi traza ,  
 La escalera de la vida  
 está con jabon untada ,  
 y el que baja mas confiado ,  
 si se descuida , resbala ,  
 y da con su cuerpo en tierra ,  
 como los demas : se trata ,  
 me parece , de que el novio  
 dé tambien su costalada ,  
 para que luego no riña  
 á los que en el suelo se hallan .  
 Pues bien , pongamos chinitas  
 de trecho en trecho ; y si baja  
 él tropezará .

D. FERMIN.

Asi sea ;  
 pero temo que la trampa  
 llegue á conocer , la evite ,  
 y despues á carcajadas  
 se burle y mofe de todos .

D. PEDRO.

No tal , que nadie se escapa  
 sin su chichon en la frente  
 al menos .

D. FERMIN.

¿ Y si pesada

le pareciese la burla,  
y se picase?

D. PEDRO.

Si alcanza  
la medicina, no importa  
que nuestro enfermo al tragarla  
se queje un poco; que luego  
sano, nos dará las gracias;  
y sino alcanza, tampoco  
importa un pito; pues clara  
prueba será que su mal  
no tiene cura.

D. FERMIN.

Pues nada  
nos detenga.

D. PEDRO.

Principiemos  
por decirle, que Tomasa  
no está en casa; y el papel  
de una joven desgraciada  
y sensible podrá entonces  
representar la muchacha.

D. FERMIN.

¿Con qué fin?

D. PEDRO.

Yo lo diré

## SCENA IV.

## COLASA Y DICHOS.

COLASA.

Señor, señor?

D. FERMIN.

¡Que embajada  
será esta!

COLASA.

¡Toma! Que llegan  
ya.

D. FERMIN.

¡Ay Dios!

COLASA.

Ya estan en la plaza.

D. FERMIN.

Pronto, pronto, la peluca,  
dadme los guantes, la caña  
y el sombrero.

D. PEDRO.

¿Para qué?

D. FERMIN.

¿No es fuerza, pues, que yo salga á recibirle?

D. PEDRO.

Antes no.

Si hemos de efectuar la farsa proyectada, deberemos primero sus circunstancias comprender, y repartir los papeles.

D. FERMIN.

¿Dónde?

D. PEDRO.

¡Braba dificultad! En cualquiera parte, aunque sea en la cuadra: el caso es que nos juntemos.

COLASA.

(Intendenta, comisaria,) á D. Fermin.

¿no oye vmd. cómo vocea el mayoral?

D. FERMIN.

La sala á D. Pedro.  
que ocupaba el alojado,  
será buena?



D. PEDRO.

Soberana,  
vamos á ella.

COLASA.

¿Y yo que digo  
si se me pregunta?

D. FERMIN.

Nada ;  
que las mugeres no dicen  
poco cuando estan calladas.

COLASA.

¿Y he de callar siempre ?

D. FERMIN.

Siempre.

D. PEDRO.

Vamos.

D. CARLOS.

Presto.

COLASA.

A la ventana  
me vuelvo, que quiero ver  
si aprisa ó despacio baja,  
si entra con el pie derecho,

si estornuda ó si se rasca ;  
 pues son dignas de notarse  
 las menores circunstancias  
 en un hombre tan valiente,  
 como el guapo que se casa.

ACTO SEGUNDO.

SCENA PRIMERA.

COLASA.

Al arma , pues , que tenemos  
 nuestro moro ya en campaña,  
 y su porte y su presencia  
 son , á la verdad , gallardas ;  
 pero á mi ¿ qué se me dá ?  
 ¡ Por cierto que es de importancia  
 el papel que se me ha dado !  
 ¡ Que insulsez ! ¡ Ay ! si me enfadan,  
 les he de pedir á gritos  
 me pongan una mordaza ;  
 porque sino..... ¡ qué se yo !  
 mala es la fruta vedada

para las hijas de Adan ,  
 y á fe que hay muchas manzanas.  
 ¡ Callar yo ! Si sueño á gritos ,  
 cómo dispierta..... ¡ que rabia !  
 porque charlar me dejasen ,  
 les diera ahora mi soldada  
 de este mes. Luego este novio  
 es fuerza traiga una gana  
 de conversacion..... cual todos.  
 Querrá hacerme la confianza  
 de su pasion , los temores  
 que le asustan , la esperanza  
 que le anima , sus deseos ,  
 sus sacrificios , sus ansias ,  
 con toda la letania  
 que rezan los que se casan ,  
 sin conocer del oficio  
 las quiebras..... y yo ¿ una estatua  
 estaré sin responderle ,  
 ni tomar si me regala ?  
 No haré tal por vida mia.  
 Ya suben : vamos , Colasa ,  
 ojo alerta , y no digamos  
 nada que un comino valga ,  
 y pueda comprometer ;  
 pero sí , medias palabras ,  
 y aun enteras , siempre que  
 sean palabras cortesananas ;  
 pues dicen son muy lucidas ,  
 y de muy poca sustancia .

SCENA II.

*D. SEVERO, GASPAS Y DICHA.*

D. SEVERO.

Lodicho, dicho, Gaspar. *á Gaspar.*  
Niña ¿es vmd. de la casa? *á Colasa.*

COLASA.

Si señor, soy la doncella  
que hay en ella.

D. SEVERO.

Pues bien, haga  
vmd., si gusta, el favor  
de anunciarle mi llegada.

COLASA.

¿A quien?

D. SEVERO.

A su amo de vmd.

COLASA.

¿No mas?

D. SEVERO.

¿Y qué mas?

COLASA.

No gasta *ap.*

el hombre mucha saliva.

Si las señas no me eñañan,  
no me costará ya tanto  
callar, como imaginaba.

SCENA III.

*D. SEVERO Y GASPAS.*

D. SEVERO.

Y bien, ¿por qué te detienes?

GASPAR.

Señor, por santa Susana  
bendita, vmd. reflexione,  
que yo..... si.....

D. SEVERO.

En vano te cansas:  
toma tu maleta y busca  
otro amo.

GASPAR.

Pero.....

D. SEVERO.

Escusadas,  
para genios como el mio,  
son todas esas plegarias.



Marcha.

GASPAR.

Diez años comí  
pan de vmd. y asi se pagan.....

D. SEVERO.

Nada te debo.

GASPAR.

Cariño.

D. SEVERO.

El que sirve mal, poco ama  
al dueño que le mantiene.

GASPAR.

En fin, Señor, una falta  
solo en diez años merece  
que vmd. me eche de su casa?

D. SEVERO.

Quien hace un cesto, hace ciento.

GASPAR.

¿Y que hice yo para tanta  
crueldad?

D. SEVERO.

Una vagatela,  
á la primera jornada



volvete y dejarme solo  
sin avisarme.

GASPAR.

La causa  
la sabe usted.

D. SEVERO.

Y es muy justa:  
¡Que! Dejarme en la estacada,  
por una muger.....

GASPAR.

No hay tal,  
y yo no soy tan batata,  
que por mugeres faltase  
á mi obligacion.

D. SEVERO.

Repara  
en que me dijiste anoche  
lo contrario.

GASPAR.

¿Yo?

D. SEVERO.

Tú.

GASPAR.

Flac&

memoria tiene vmd.

D. SEVERO.

¡Cómo!  
¿Con que no fue por Olalla,  
la chica del Sacamuélas  
por quien volviste?

GASPAR.

¡Caramba!  
¿Pude acaso, despedirme  
antes de ella?

D. SEVERO.

¡Habrá tal mandria!  
¿Con que fue por ella?

GASPAR.

Si.

D. SEVERO.

¿Y Olalla no tiene faldas?

GASPAR.

Si tiene; pero es mi novia,  
y hay muchísima distancia  
de una cosa á otra

D. SEVERO.

¡Por vida!

Ya mi paciencia se acaba.  
 ¿No es lo mismo una muger  
 que una novia?

GASPAR.

Vaya, vaya  
 con que es lo mismo?

D. SEVERO.

Si tal.

GASPAR.

¿Y se aman lo mismo?

D. SEVERO.

¡Vanas  
 sutilezas! Salte afuera.

GASPAR.

¿Y se aman lo mismo?

D. SEVERO.

Marcha,  
 te digo.

GASPAR.

¿A que no responde?  
 ¡Oh razon, lo que tu alcanzas!  
 pues reduces al silencio  
 á los mismos que nos pagan?  
 però por si acaso, voy

á implorar con eficacia  
 el favor de D. Fermin:  
 que tal vez podrán mis lágrimas  
 enternecerle: él es suegro,  
 pero es hombre y tiene entrañas.

SCENA IV. (1).

D. SEVERO solo.

D. SEVERO.

Bueno fuera pese á tal  
 que así al deber se faltase,  
 y uno luego se escudase  
 con la causa de su mal:  
 no, señor, el criminal  
 cuando alhaga su cadena,  
 á sí mismo se condena,  
 y pues no tiene disculpa,  
 ya que cometió la culpa,  
 que sufra también la pena.  
 El alazán corredor  
 halla incómoda barrera  
 que le corta su carrera,  
 que inutiliza su ardor:  
 brama al verla de furor,  
 tasca el freno, su atrevida  
 mano hiere la endurecida

(1) *Toda esta scena se suprimió en la representacion, por parecer demasiado larga la comedia.*

tierra ; pero él se detiene ,  
y su ginete previene ,  
por si acaso espuela y brida .  
Asimismo la pasión  
tambien encuentra barreras ,  
que establecieron severas  
ya le lei , ya la razon ;  
que una vez á la opinion  
ó al capricho se permita  
despreciar lo que limita  
nuestro humano desenfreno ,  
y si hallasen hombre bueno  
pueden ponerle en su ermita .  
La indulgencia es flojedad ,  
la tolerancia simpleza ,  
que indican mucha torpeza ,  
ó mucha necesidad .  
Yo lo digo con verdad ,  
compadezco al desgraciado ;  
pero si encuentro un culpado  
por criminal ó por necio ,  
le doi solo mi desprecio ,  
y sale mui bien librado .



SCENA V.

D. CARLOS. Y DICHO.

D. CARLOS.

¡Severo!

D. SEVERO.

¡Carlos!

D. CARLOS.

¡Por vida  
de sanes! abraza, abraza.

¿Cómo estas?

D. SEVERO.

Como quien viene  
á realizar la esperanza  
de su dicha. ¿Y tu?

D. CARLOS.

Mas gordo  
que un necio.

D. SEVERO.

¿Y tu buen padre?

D. CARLOS.

Anda

con el cachican á vueltas:  
yá vendrá. Que ¿por Tomasa



no me preguntas? Mui tibio  
traes el cariño.

D. SEVERO.

Esperaba,  
si te he de decir verdad,  
que su vista me escusara  
tal pregunta.

D. CARLOS.

Pues no, amigo,  
porque la pobre muchacha  
no puede estar en dos partes.

D. SEVERO.

¿Cómo?

D. CARLOS.

Desde la semana  
pasada está en el convento  
donde niña se educara.  
Quiso hacer una novena  
á santa Rita de Cásia,  
y fue fuerza darla gusto.

D. SEVERO.

¿Y qué le pide á esa santa  
abogada de imposibles?

D. CARLOS.

¿Qué se yo? Pero apostara  
á que pide un buen marido;

que una muger no repara  
en gollerias.

D. SEVERO.

Segun veo,  
tú siempre el mismo humor gastas,  
y á fé que bien te lo envidio.

D. CARLOS.

¿Qué se ha de hacer? No se saca  
otra cosa de esta vida.

Para eso el tuyo no cambia;  
siempre serio y circunspecto.

¿No es verdad?

D. SEVERO.

Si es que tú llamas  
seriedad á no gustar  
de juveniles borrascas,  
ni de locos devaneos,  
verdad es.

D. CARLOS.

Hombre, ¡qué guapa  
pareja hicieras con Flora!

D. SEVERO.

¿Con quién?

D. CARLOS.

Con Flora.

D. SEVERO. Y esa dama  
¿quién es?

D. CARLOS.

Mi novia.

D. SEVERO.

¿Tu novia?

D. CARLOS.

La misma: pues que, mi hermana  
sola ha de ser quien se case?

D. SEVERO.

No por cierto, y si lograras  
buena elección, bien hicieras.

D. CARLOS.

¡Oh! lo que es eso estremada,  
pues la joven es preciosa.  
No merezco descalzarla,  
ya ves, y no soi del todo  
mal pellejo.

D. SEVERO.

Tu la ensalzas  
sobremanera.

D. CARLOS.

Es justicia.

Lo que es de la Iglesia al papa,  
y no mas. En fin, tú pronto  
podrás, si quieres, juzgarla,  
que no está lejos.

D. SEVERO.

¿Pues dónde?

D. CARLOS.

La tienes dentro de casa.  
Si es parienta nuestra, y tuya  
lo será luego.

D. SEVERO.

Ignoraba  
que tal parienta tuvieses.

D. CARLOS.

¡Jesus! Pues la fecha es rancia.  
¿No te acuerdas de mi tío  
D. Sempronio de Peralta,  
que siendo oidor de Sevilla,  
pasó luego á la otra banda,  
y allí murió?

D. SEVERO.

No me acuerdo  
de tal D. Sempronio.

D. CARLOS.

¡Vaya!

¿Con que no te acuerdas?

D. SEVERO.

No.

D. CARLOS.

Lo siento.

D. SEVERO.

Haces muy mal.

D. CARLOS.

¡Lástima  
como ella!.... morirse el pobre  
apenas pasó la charca,  
y antes de hacer pacofilla,  
dejando solo á su amada  
Florita por dote un loro,  
un coco vacío, dos cajas  
de azúcar, cien apellidos,  
y muchos miles de trampas.

D. SEVERO.

Rica herencia de un indiano!

D. CARLOS.

Pero padre que idolatra,  
como buen navarro, á todos  
sus parientes, pronto á casa  
la trajo, donde dispuso  
casarme con ella, y trata



de que mi boda y la tuya  
se celebren juntas.

D. SEVERO.

¡Cuánta  
no debe ser tu alegría,  
oh Carlos, con la fundada  
esperanza de que pronto  
harás feliz á tu amada!  
Ella, sin duda, te quiere  
y congenia, y....

D. CARLOS.

Tú desbarras.  
Ni ella me quiere, ni es fácil  
el hallar en media España  
dos genios mas encontrados  
que los nuestros.

D. SEVERO.

¿Y te casas?

D. CARLOS.

Sí.

D. SEVERO.

Pero ¿tienes certeza  
que no te quiere?

D. CARLOS.

En mis barbas

ella misma me lo ha dicho.

D. SEVERO.

¿Y te casas?

D. CARLOS.

Sí.

D. SEVERO.

¡Caramba,  
y qué valor!

D. CARLOS.

Si ha de ser,  
lo mismo es hoy que mañana.  
Padre exige que me case,  
yo no tengo repugnancia  
al estado....

D. SEVERO.

Ya lo veo.

D. CARLOS.

Ademas, he visto tantas  
que me juraban cariño,  
y entonces me la pegaban,  
que ¿quién sabe si mi Flora  
tendrá, al fin, la extravagancia  
de adorarme? Ella es muger  
y yo soi hombre.

D. SEVERO.

Mil gracias  
por la noticia.

D. CARLOS.

Pues mira,  
en estas dos circunstancias,  
y con la ayuda del tiempo  
fundo toda mi esperanza.  
La posesion y el amor  
riñen pronto, se separan,  
y cuando mas, la amistad  
suele ser quien la reemplaza.  
Así, supuesto que todos  
tarde ó temprano se igualan,  
es fuerza que me concedas  
llevo á todos la ventaja  
de empezar por donde siempre  
ellos concluyen.

D. SEVERO.

¡Qué ganga!

D. CARLOS.

Yo me caso como juego:  
pienso perder cuantas cartas  
apunto, las pierdo, ¡bueno!  
otra cosa no esperaba.  
Pero si se dan los sietes  
me trago banquero y banca;

que solo soi jugador  
de bonitas, y quien gana  
con ellas, gana dos veces  
si logra provecho y fama.

D. SEVERO.

Si tal concepto tuviese  
del bello sexo, me ahorcaba  
primero que me casase.  
Qué, ¿yo mismo arriesgara  
al capricho de un buen dado  
mi dicha, la de mi casa,  
la de mis hijos... ¡Oh! nunca,  
nunca jamas me casara  
si tal creyese. Yo busco  
para mi esposa en tu hermana  
una muger cariñosa,  
amable, fiel, moderada;  
una madre de familias  
en el cumplimiento exacta  
de los inmensos deberes  
de su estado, una apreciada  
amiga, cuyo consejo  
me dirija, y cuya sana  
doctrina pueda servirme  
de norte; por fin, un ama  
de casa, que cuidadosa  
sepa dar á tanta máquina  
el impulso conveniente.  
Esto busco.

D. CARLOS.  
Dime, ¿y si hallas  
en vez del melon que buscas  
una insulsa calabaza,  
qué tal?

D. SEVERO.

Se indigestaria.

D. CARLOS.

Pues por si fuesen mal dadas  
compra jarave de altea,  
y tenlo á mano.

D. SEVERO.

¡Qué gracia!

D. CARLOS.

Segun eso, tú no apruebas  
mi eleccion?

D. SEVERO.

¿Quién? ¿yo aprobarla?  
ni por pienso.

D. CARLOS.

Pues, Severo,  
si supieras lo que falta....

D. SEVERO.

Pero hombre ¿qué faltar puede?



D. CARLOS.

No es tampoco una cosaza  
del otro jueves: simplezas,  
ó si tú quieres niñadas  
de mi novia.

D. SEVERO.

Y bien, tu novia....

D. CARLOS.

Mi novia está enamorada.

D. SEVERO.

¿De tí?

D. CARLOS.

No por cierto.

D. SEVERO.

Alabo  
la frescura.

D. CARLOS.

¿Importa nada?

D. SEVERO.

Nada, pues tú te conformas.

D. CARLOS.

¿Y quieres que me asustara

de una simple niñería?  
No por cierto. Flora estaba  
por san Fermin en Pamplona...

D. SEVERO.

¿Este año?

D. CARLOS.

Sí, este año.

D. SEVERO.

¡Calla!

Y yo tambien: sigue, sigue.

D. CARLOS.

Alli en la calle, en la plaza  
de toros, ó en el paseo,  
(no sé bien donde se hallaba)  
pero lo cierto es que vió  
un hombre, cuya bizarra  
presencia, cuya finura  
y porté la enamorara.

Desde entonces tan galani  
Belianis no se separa  
ni un instante de su idea,  
y le ha jurado constancia  
eterna, bien que mental,  
y un si es ó no es temeraria,  
porque ni sabe su nombre,  
ni su estado, ni su estancia,  
ni su genio, ni siquiera

si él echó de ver la llama  
 amorosa que encendió  
 su simple vista en mi amada.

D. SEVERO.

¡Estraño caso!

D. CARLOS.

Antes no:  
 sino le habló una palabra  
 en su vida, cómo diablos  
 puede saberlo?

D. SEVERO.

Me pasma  
 semejante idolatria.

D. CARLOS.

Y ahora bien, ¿es cosa estraña  
 no tema yo tal rival?

D. SEVERO.

No es temible, mas repara  
 que este hecho, sin embargo,  
 siempre indica que exaltada  
 y novelesca tu Flora  
 es un poco estrafalaria,  
 ¿En qué cabeza, di Carlos,  
 que esté un poco organizada  
 puede haber tal amor?

D. CARLOS.

En la de mi Flora se halla:

¡ha leído tanta novela!...

D. SEVERO.

¡Malo!

D. CARLOS.

¡Ah! no: me equivocaba.

Nunca gustó de novelas;

pero es mui aficionada

á los librotos de historia.

D. SEVERO.

Eso es distinto.

D. CARLOS.

Se pasa

las noches de claro en claro

leyendo á nuestro Mariana,

quando no son los anales

de Tácito ó la Farsalia.

D. SEVERO.

¡Ola! Pues sabrá latin?

D. CARLOS.

¿Latin?

D. SEVERO.

Pues.

D. CARLOS.

Si sabrá, vaya,  
al menos el que sabían  
las madres de santa Clara  
cuando estuvo en su convento.

D. SEVERO.

¿Luego estuvo con Tomasa?

D. CARLOS.

Precisamente. Si son  
uña y carne.

D. FERMIN.

Carlos? *desde adentro.*

D. CARLOS.

¡Gracias *aparte.*  
á Dios, que ya no podia  
mentir mas! Mi padre llama,  
y es fuerza ver lo que ordena:  
mas ya sale.



SCENA VI.

D. FERMIN, D. PEDRO

Y DICHOS.

D. SEVERO.

Ya tardaba á mi impaciencia, señor, la hora tan afortunada de estrecharos en mis brazos.

D. FERMIN.

Apriete vmd. buena alhaja, que bien tiene que apretar, si á fuerza de brazos trata de pagarme mi cuidado. ¿Es hoy lunes?

D. SEVERO.

Mi tardanza fuera, en verdad reprehensible, á no ser involuntaria.

D. FERMIN.

Ya es vmd. buen perillan. Anoche eran las diez dadas, y espera que espera; sí, no eran malas esperanzas.

El guisado se pegó,  
 y no es extraño, que estaba  
 cociendo desde las cinco:  
 hasta la maldita gata,  
 por entretener el hambre,  
 afianzó un capon, que daba  
 envidia: no hubo remedio,  
 todo lo llevó la trampa;  
 y gracias á las gallinas,  
 y á que jamas huevos faltan  
 en casa, porque sino  
 la cena fuera ensalada  
 mui fresca y mui picadita,  
 pero de endeble sustancia  
 para estómagos navarros.

D. SEVERO.

¡Cuánto me pesa....!

D. FERMIN.

Desgracias  
 como las de anoche, nunca,  
 nunca se vieron en casa.  
 La criada medio dormida  
 se cayó de la colada  
 en la caldera, y allí estuvo  
 un cuarto de hora.

D. SEVERO.

¡Muchacha  
 infeliz! Se cocería.

D. FERMIN.

No, porque estaba sin agua  
casualmente, mas con todo  
se tizó manos y cara.

D. CARLOS.

Y el susto tambien se cuenta.

D. PEDRO.

Si en ello vmd. no se enfada  
dejarlo para otro dia,  
y sepamos por qué causa  
este caballero pudo  
detenerse.

D. SEVERO.

Fueron faltas  
de un criado, que no merecen  
vuestra atencion.

D. FERMIN.

¡Calla, calla!

Olvidado se me habia:  
¡pobre Gaspar! con la zambra  
de anoche está mi cabeza  
como una cesta de ranas.

D. SEVERO.

¿Conoce vmd. á Gaspar?

D. FERMIN.

El pobre cuitado acaba  
de hablar conmigo.

D. SEVERO.

¿Y ha tenido  
la osadia...?

D. FERMIN.

¿Es menester tanta  
cuando se pide perdon?  
Vaya, que vuelva á tu gracia,  
y pelitos á la mar.

D. SEVERO.

Yo quisiera que empleara  
vmd. mejor mi obediencia.

D. FERMIN.

Si le he dado mi palabra  
¿no es fuerza que se la cumpla?

D. SEVERO.

Repare vmd...

D. FERMIN.

No repara  
en nada mi caridad.  
Si al caido no se levanta,  
solo porque tropezar

nó ha debido, ¿quién pasára,  
por las calles?

D. SEVERO.

Yo no soi  
de ese parecer. El que anda,  
debe saber como pisa,  
y si tropieza, que caiga  
enhorabuena; pues torpe  
el equilibrio no guarda.

D. FERMIN.

¿Y nó le he de dar la mano?

D. SEVERO.

No, señor, que si trabaja  
por levantarse; si suda  
por lograrlo; si se afana;  
esta fatiga, este empeño  
dejan recuerdos que bastan  
muchas veces para que  
pueda evitar otras faltas  
iguales; mas si al contrario  
se le ayuda, y se le alhaga,  
lo toma por chiste, y cae  
diez veces cada semana.

D. FERMIN.

Nunca entendí semejantes  
filosofías. La cristiana  
religion de mis abuelos,



que ayude al caído me manda  
y no mas. ¿Es cierto?

D. PEDRO.

Cierto.

*La lei castiga las faltas,  
Y el hombre las compadece.*

D. FERMIN.

Por supuesto.

D. SEVERO.

¡Qué ignorancia! *aparte.*

D. FERMIN.

Asi, pues, con tu permiso  
me marchó á que Gaspar salga  
de dudas.

D. SEVERO.

Perdone vmd.:  
mi conducta es arreglada  
á mis principios. Jamas  
me separo de la raya  
del deber; y por lo tanto  
Gaspar saldrá de mi casa.

D. FERMIN.

¿Esto dices?

D. SEVERO.

Esto digo.

D. FERMIN.

Pues amigo, quien desaira  
antes de casarse al suegro,  
casado lo descalabra  
cuando menos, y en verdad  
que esta entrada de pavana  
me gusta mui poco.

SCENA VII.

*DOÑA TOMASA Y DICHOS.*

DOÑA TOMASA.

Tio,  
¿ se echa vinagre á la salsa  
del pato? ¡ Ay, Jesus mil veces!

D. CARLOS.

¿ Que te asusta?

D. FERMIN.

Alguna rata,  
sin duda, que se pasea,  
segun costumbre.

DOÑA TOMASA.

¿ Me engaña

el deseo? ¿Sois vos señor? *á D. Sev.*

D. SEVERO.

Y yo ¿qué soy?

DOÑA TOMASA.

Nada, nada.

Perdonad: mi fantasia,  
si... cuando... ¡el cielo me valga!

D. FERMIN.

Desmayóse.

D. PEDRO.

Sostenedla.

D. SEVERO.

No sé lo que por mi pasa. *aparte.*

D. FERMIN.

D. Severo, ¿que es aquesto?

D. SEVERO.

Yo ¿que sé?

D. FERMIN.

Si habrá entruçada

D. PEDRO.

Un poco de ether seria

muy bueno.

D. CARLOS.

No tal, echadla  
agua fresca solamente.

D. FERMIN.

Sí, que despues calaguála  
la daremos para el susto  
que D. Severo la causa.

D. SEVERO.

Pero ¿en que asustarla puedo?

D. PEDRO.

Ya vuelve en sí.

D. CARLOS.

Albricias, alma.

D. FERMIN.

Hija mia, digo, sobrina,  
responde por Dios... Palabra. á D. Pe.  
¿Como se llama hoy la chica? dro ap.

D. PEDRO.

Flora.

D. FERMIN.

¡Ah! sí: Flora, muchacha,  
vuelve en tí.

DOÑA TOMASA.

¡Ai Dios!

D. FERMIN.

D. Severo,

si Flora en vmd. repara  
quizá vuelva á desmayarse:  
háganos vmd. la gracia  
de separarse un poquito,  
un poco mas... á la espalda  
de nuestro alcalde.

D. SEVERO.

Paciencia. *ap.*

y veamos en lo que para.

DOÑA TOMASA.

¿Dónde estoy?

D. CARLOS.

En el estrado.

DOÑA TOMASA.

¿Quién son, pues, estas fantasmas  
que me rodean?

D. CARLOS.

Son tu tío,  
un primo que te idolatra,  
con el alcalde mayor;



y en fin, nuestro don...

D. FERMIN.

¡Caramba!  
¿que es lo que vas á decir?

D. CARLOS.

Es verdad.

D. FERMIN.

¿Quieres matarla?

D. SEVERO.

Pues, señor, estamos frescos: *ap.*  
no hai duda que es de una estraña  
brillantez el papelito  
que represento en la casa.

DOÑA TOMASA.

Permitid que me retire.

D. PEDRO.

Sí, es mejor: Carlos llevadla,  
conducid á vuestra prima.

D. FERMIN.

Que se eche sobre la cama,  
sino quiere desnudarse.

D. PEDRO.

Cuidado con las ventanas

y las puertas.

D. CARLOS.

Vamos, prima.

D. PEDRO.

Cubridla bien con las mantas.

SCENA VIII.

D. SEVERO, D. FERMIN

Y D. PEDRO.

D. FERMIN.

¡Pobre Flora, pobre Flora,  
tan jóven, tan desgraciada,  
señor! cuidado que es obra.

D. PEDRO.

Sosegáos.

D. FERMIN.

Se me traspasa  
el corazon siempre que  
sucede.

D. SEVERO.

Pues ¿se desmaya  
mui á menudo?

D. PEDRO.

Padece  
unos vapores....

D. FERMIN.

Mal hayan  
los vapores ! Nunca , nunca  
he conocido en mi infancia  
semejante enfermedad :  
entonces solo se usaban  
indigestiones , viruelas ,  
golondrinos , almorranas ,  
y otros males conocidos ;  
pero ahora todo es de estrangia :  
histérico , nervios , bilis ,  
flato ardiente , y calabazas  
fritas , y Dios me perdone ;  
porque me lleva la trampa ,  
notando que hasta el morir se  
ha de ser á uso de Francia.

D. PEDRO.

Es preciso seamos justos.  
Una jóven educada ,  
como se acostumbra hoi dia ,  
es fuerza padezca varias  
dolencias desconocidas  
á sus madres , que ignoraban  
por necesidad sus nombres :  
verbigracia : una estremada

aficion á la lectura,  
 muchas veces arrebatada  
 el calor á la cabeza,  
 y de ahí se siguen las bascas,  
 las jaquecas, los vapores,  
 y otros alifafes.

D. FERMIN.

¡Braba  
 dificultad! ¿Pues hai mas  
 que no leer?

D. PEDRO.

Señor ¿qué dama  
 pudiera alternar entonces  
 en cuestiones literarias,  
 como hoy alternan?

D. FERMIN.

¿Qué importa?  
 Mi madre, que de Dios haya,  
 aunque no supo de letras,  
 siempre estuvo embarazada  
 ó parida; y esto es, amigo,  
 lo que ser madre se llama.

D. PEDRO.

¿Y quien puede disputar  
 á mi señora doña Ana  
 lo que ganar así supo?

D. FERMIN.

Ademas, ¿qué fruto sacan  
con todas esas lecturas?

D. SEVERO.

Poco ó nada, si son malas:  
si son buenas y escogidas  
mucho; pues hallarán sana  
doctrina, máximas puras,  
egemplos, modelos, sábias  
instrucciones....

D. FERMIN.

Y tambien  
embelecos y patrañas.

D. SEVERO.

Con qué ¿no hallará una jóven,  
si lee la historia romana,  
que aprender en la firmeza  
de una Porcia, en la constancia  
de una Lucrecia?

D. FERMIN.

Hombre, á luengas  
tierras las mentiras largas.  
Esas Porcias y Lucrecias,  
si de cerca se miraran,  
se vieran, ni mas ni menos,  
como se ven hoy las Juanas,



las Pepas y las Franciscas.  
 En todo tiempo hubo gaitas,  
 Severo, y no nos cansemos.

D. SEVERO.

Eso es ya negar....

D. FERMIN.

Yo nada  
 niego; mas sí dudo.

D. SEVERO.

Pero....

SCENA IX.

*COLASA Y DICHOS.*

COLASA.

La cena.

D. FERMIN.

¡Santa palabra!  
 ¿Y Flora?

COLASA.

Cena en su cuarto.

D. FERMIN.

¿Y Carlos?

COLASA.

Está en la sala  
de comer.

D. FERMIN.

Y diga vmd. á D. Sev.  
¿doña Lucrecia cenaba?

D. SEVERO.

Es natural.

D. FERMIN.

Pues entonces,  
cenemos todos, que tarda  
á mi estómago este instante.

D. SEVERO.

¡Ai don Fermin! me olvidaba  
de entregaros un dinero,  
que me dieron en Tafalla  
para vos.

D. FERMIN.

Ya me lo avisa  
don Jaime: tiempo hai mañana.

D. SEVERO.

Aqui lo tengo yo en oro.

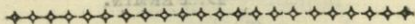
D. FERMIN.

Pues no quiero: ¡ai tal machaca!

vamos, vamos á cenar.

D. SEVERO.

Vamos pues, ¡cosa mas rara!  
 ¿Por qué se habrá desmayado?  
 No puedo dar con la causa.



ACTO TERCERO.

SCENA PRIMERA.

DOÑA TOMASA Y COLASA.

DOÑA TOMASA.

¡Qué larguísima es la cena!

COLASA.

Y ¿cuándo el tiempo no tarda  
 para el hambriento que aguarda.

DOÑA TOMASA.

La consecuencia no es buena;  
 pues tú sabes que he cenado.

COLASA.

Pero os queda el apetito  
de que caiga en el garlito  
ese novio desdichado.

DOÑA TOMASA.

Díme, Colasa, por Dios,  
¿le encontrastes mui galan?  
¿es bizarro?

COLASA.

¡Lindo afan!  
ahora es galan para vos,  
mas no sé lo que será  
cuando os santifique el cura.

DOÑA TOMASA.

Gala que tan poco dura  
mui mala espina me da.  
Sin embargo, te confieso  
que me ha parecido bien.

COLASA.

Si viene á casarse, quién  
puede, Senora, hablar de eso?  
pues los hombres mas tranquilos  
son parecidos al paño,  
y mientras no pasa un año  
nunca descubren los hilos.

DOÑA TOMASA.

Lo mismo de una doncella  
dirán con distintos modos.

COLASA.

Dicen que es Fenix , y todos  
hablan bien sin conocella.

Solo un diestro cazador  
la vé en sus redes cogida ;  
mas no temais que en su vida  
disminuya su valor ,  
que aquel que suda y se afana  
por coger una nuez verde ,  
trabajo y mérito pierde ,  
si confiesa que está vana.

Pero hablando de otra cosa ,  
¿ qué esperáis , señora , aquí ?  
¿ quereis serviros de mí ?

DOÑA TOMASA.

Antes no , siendo forzosa  
necesidad que te alejes  
luego que sintamos ruido ;  
y si acaso es mi querido  
Severo , sola me dejes.

COLASA.

¿ Teneis , pues , que hablar con él ?

DOÑA TOMASA.

Mucho tengo que decir.



COLASA.

¿Y qué?

DOÑA TOMASA.

Vóile á descubrir  
un secreto.

COLASA.

Con qué infiel  
hollando promesa y fe  
vais á decir la verdad?

DOÑA TOMASA.

¡Jesus, y que necedad!  
Cuando me case lo haré;  
porque antes mui mal hiciera,  
y ninguno se casara  
si una muger encontrara,  
que la verdad le dijera.  
Ahora esta conversación  
solo á esforzar nuestro enredo  
se dirige.

COLASA.

Tengo miedo  
que como los hombres son  
ladinos y redomados,  
no descubra la maraña.

DOÑA TOMASA.

¡Ai Colasa! les engaña

su amor propio á los cuitados.  
 Este sexo protector  
 convierte todo en sustancia:  
 no temo su vigilancia,  
 temo mas bien su rencor:  
 porque el orgullo ofendido  
 perdona mui rara vez.

COLASA.

Marido con altivez  
 no puede ser buen marido.

DOÑA TOMASA.

¿Y á quién tal cosa acomoda?  
 Por eso y por mi sosiego  
 tomo cartas en un juego  
 en que arriesgo amor y boda.

COLASA.

No temais ya, que por vos  
 con toditas las mugeres  
 está amor.

DOÑA TOMASA.

¿Y entonces quieres  
 que tema?

COLASA.

Señora, á Dios,  
 pues siento abrir la mampara.

DOÑA TOMASA.

A Dios, pues, y el cielo quiera  
que esta mentira primera  
no se conozca en mi cara.

DOÑA TOMASA.

SCENA II.

DOÑA TOMASA sola.

DOÑA TOMASA.

Quiero sentarme y tomar  
una postura elegante,  
compañera de un semblante,  
que demuestre mi pesar.  
Apóyese la mequilla  
en la mano; el pie pulido  
descanse como al descuido  
en el palo de esta silla.  
Mis ojos lánguidos, bellos,  
respiren amor y enojos,  
y encubran tan tristes ojos  
mis desgrenados cabellos.  
¡Ai! si un espejo tuviera,  
no era dudoso el efecto,  
que un amigo tan perfecto  
ni engañara ni mintiera;  
mas si el destino cruel  
me priva de tal consejo,  
sea el interes mi espejo,

que otros se miran en él,  
y les sale bien la cuenta.  
¿Por qué no ha de ser así  
con mi engaño? Ya está aquí:  
quiera Dios no me arrepienta.

SCENA III.

D. SEVERO Y DICHA.

D. SEVERO.

Vaya, ¡y que pesados son!  
tanto beber y brindar,  
y despues vuelta á empezar  
la eterna conversacion  
del abuelo don Rodrigo,  
y del tio don Sempronio:  
parentela del demonio,  
¿quereis acabar conmigo?  
Yo pienso que hasta mañana  
permanecen en la mesa  
segun su ninguna priesa.  
¡Buen provecho! A la ventana  
me voi á tomar el fresco;  
y á fé que lo necesito,  
pues este vino maldito  
de Peralta, es un refresco  
singular para verano.  
¡Si quema mas que la lumbre!  
Como no tengo costumbre

de beber, y este inhumano  
 suegro quiso que bebiese  
 como ellos beben, á estajo,  
 no estrañara que un trabajo  
 esta noche sucediese.

DOÑA TOMASA.

¡ Ai Dios!

D. SEVERO.

Se quejan, suspiran:  
 ¿ Quién, pues... mas, cielos ¡ qué veo!  
 ¿ es ilusion del deseo  
 la que mis ojos admiran?  
 ¿ Sois vos, graciosa Eforita?

DOÑA TOMASA.

Sí, señor, la misma soi.

D. SEVERO.

Mil gracias al cielo doi,  
 pues tan bella os resucita.

DOÑA TOMASA.

¡ Lisonjas á mi, señor!  
 Pienso que os equivocais.

D. SEVERO.

No sé por qué lo digais.

DOÑA TOMASA.

Dígolo, porque mejor



se emplearan en mi prima.

D. SEVERO.

¿En quien?

DOÑA TOMASA.

En doña Tomasa,  
que aunque está fuera de casa,  
y no os conoce os estima.

D. SEVERO.

El amar sin conocer,  
no es facil de concebir,  
porque si amar es sentir,  
¿cómo se siente sin ver?

DOÑA TOMASA.

Gusta el veros de un humor  
tan grato y tan placentero;  
y sacar partido quiero.

D. SEVERO.

¿Cómo?

DOÑA TOMASA.

Pidiendo un favor,  
que espero no me negueis.

D. SEVERO.

Disponed Florita hermosa,  
de mi ser.

DOÑA TOMASA.

Es corta cosa:  
 tan solo que me escucheis.  
 Temo caballero,  
 que os ha de cansar  
 mi triste relato;  
 pero pues que ya  
 fui tan infelice  
 que disimular  
 no supe esta tarde,  
 por Dios perdonad,  
 y sabedlo todo,  
 porque mi pesar  
 ha llegado al punto  
 en que es fuerza optar  
 entre odio y desprecio;  
 y en apuro tal,  
 del odio prefiero  
 experimentar  
 la herida dudosa  
 y no la mortal  
 con que los desprecios  
 natan sin chistar.  
 Bien sé que mi tio,  
 lleno de bondad,  
 habrá disculpado  
 á mi ceguedad.  
 Tambien os diria,  
 que una enfermedad  
 es solo la causa

de todo mi mal.  
 ¡ Donosa bobada  
 de un viejo que ya  
 olvidado tiene  
 qué cosa es amar!  
 ¡ Ay, no ha mucho tiempo  
 que mi mocedad  
 alegre ignoraba  
 del ciego sagaz  
 los fieros ardides,  
 la impune maldad!  
 Pensaba yo entonces  
 que ni el bien ni el mal  
 pudieran un día  
 turbar mi horfandad:  
 gozosa burlaba  
 en mi oscuridad  
 los títulos vanos,  
 las honras que dan  
 orgullo á los ricos,  
 al triste pesar.  
 ¡ Dichosa mil veces,  
 si tanta humildad  
 con tanta ventura  
 pudiesen durar!  
 mas no, que huyó luego  
 mi felicidad,  
 luego que la flecha  
 senti del rapaz.  
 ¡ Mal haya este instante  
 para mi fatal!

pues perdí la dicha,  
y hallé en su lugar  
dudas, sinsabores,  
envidia falaz,  
y celos, y celos,  
que son el dogal  
que al enamorado  
incomoda más.  
Esta digresión,  
señor, perdonad,  
que una amante lengua  
no sabe callar;  
y vamos al caso.  
Siete meses há  
que estuve en la feria,  
allá en la ciudad,  
por la temporada  
en que todos van  
(los buenos navarros  
digo) á celebrar  
comiendo y bebiendo  
la festividad  
del santo Patrono.  
Alli cuando mas  
descuidada estaba,  
vi cierto galan.  
Ignoro quien sea,  
que una principal  
muger, por recato  
no puede saciar,  
como otras mugeres,

su curiosidad.  
 Pero sea quien fuere,  
 yo no puedo amar  
 sino á aquel que supo  
 con solo mirar  
 fijar mi inconstante  
 grata veleidad.  
 Volvíme á la aldea,  
 creyendo encontrar  
 en ella el sosiego  
 que huyó en la ciudad.  
 ¡Insensata, cuánto  
 me pude engañar!  
 ¿Sosiego un amante?  
 Mas facil es dar  
 constancia á la suerte,  
 límites al mar.  
 Si al menos pudiera  
 en la soledad  
 del bosque sombrío  
 quejarme y llorar:  
 si no me inquietasen,  
 no fuera yo tan  
 desafortunada;  
 pero por mi mal  
 se empeña mi tío  
 que me ha de casar  
 con mi primo Carlos,  
 á quien yo jamás  
 podré hacerle dueño  
 de una voluntad



que está enagenada,  
 y es mala de dar.  
 En vano les dije  
 toda la verdad;  
 en valde eché mano  
 de la seriedad,  
 del desden severo,  
 del odio mortal,  
 de cuantos afectos  
 pueden demostrar  
 mi acerbo disgusto,  
 y su necedad.  
 Todo ha sido en vano,  
 y contrarestar  
 la razon no puede  
 á su terquedad.  
 Mi boda y la vuestra  
 se han de celebrar  
 en un mismo dia.  
 Yo no os digo mas.  
 Si sois caballero,  
 si sabeis amar,  
 vuestra cortesia  
 puede adivinar  
 lo que yo no digo;  
 y reflexionad  
 que el que es bien nacido  
 obra como tal,  
 y en nada lo prueba  
 mas que en respetar  
 la flaca modestia.

D. Severo, obrad, no por lo que dije, si porque callar debí, y porque os toca á vos lo demas.

D. SEVERO.

Lo que ahora llevo á entender no se si deba dudar.

DOÑA TOMASA.

Será porque el desconfiar acompaña al merecer.

Mas no perdamos, señor, y nuestro tiempo en platicar, ¿puedo tranquila contar con vuestro auxilio y favor?

Al menos por compasion, ya que otra cosa no sea, á esta union que se desea, á esta aborrecida union ¿os opondreis?

D. SEVERO.

Sí, mi bien, ó quien soi no seré yo.

DOÑA TOMASA.

¿Y lo prometeis?

D. SEVERO.

¿Pues no?

DOÑA TOMASA.

¿Y lo jurareis tambien?

D. SEVERO.

Pongo al cielo por testigo,  
y lo juro á vuestros pies.

SCENA IV.

*D. CARLOS Y DICHOS.*

D. CARLOS.

Pues el juramento es  
mas de amante que de amigo.

DOÑA TOMASA.

Señor don Carlos, si en daño  
tan vuestro escuchásteis necio,  
agradeced un desprecio  
que os produce un desengaño.  
La lei castiga al sugeto  
que robar lo ageno trata,  
y el amor al que arrebatá  
la posesion de un secreto.  
Culpad vuestra necedad  
que aqui tan mal os sirvió,  
y no os quejeis porque yo  
siempre os dije la verdad.  
Aunque vos una corona

me pusiérais á los pies,  
 no la admitiera, pues es  
 vuestro amigo el de Pamplona.  
 Y pues ya tuve el consuelo  
 de ver lo que apetecia,  
 voi á gozar mi alegría  
 á solas. Guárdeos el cielo.

## SCENA V.

D. SEVERO Y D. CARLOS.

D. CARLOS.

Hombre vil, mal caballero,  
 falso amigo, humana fiera,  
 engañoso cocodrilo,  
 ó venenosa culebra  
 que abrigó mi triste pecho;  
 dí, vascongada pantera,  
 por casualidad nacida  
 entre los montes de Azpeitia...

D. SEVERO.

Carlos, calla, ¿estas borracho,  
 ó has perdido la chaveta?  
 No añadas mas disparates  
 á tamañas desvergüenzas.  
 Qué, para que yo responda  
 á cuanto preguntar quieras,  
 ¿necesitas echar mano

de esas palabras groseras,  
 que solo mala crianza  
 ó poca razon demuestran?  
 ¿Qué quieres, pues, que te diga?

D. CARLOS.

Nada ya, porque tu lengua  
 no puede decirme mas  
 de lo que sé.

D. SEVERO.

Pues bien, cesa,  
 cesa ya en tales injurias,  
 y el partido que convenga  
 mejor á tu situacion  
 toma.

D. CARLOS.

Mi intencion es esa.  
 Y pues el uso establece  
 entre hombres de nuestras prendas,  
 solo un medio de borrar  
 todo género de ofensas,  
 ese escojo.

D. SEVERO.

Dí cual es.

D. CARLOS.

Que conmigo al campo vengas.



D. SEVERO.

Pues ¿á qué?

D. CARLOS.

A satisfacerme.

D. SEVERO.

¿Cómo?

D. CARLOS.

Quedando uno en tierra.

D. SEVERO.

¡Bueno! Pero no sabia  
que romperme la cabeza  
podiera satisfacerte.

D. CARLOS.

¿Qué quieres? Asi lo ordena  
el que llamamos honor.

D. SEVERO.

¿Qué derecho se reservan  
entonces las santas leyes?

D. CARLOS.

En semejantes materias  
la opinion y la costumbre  
deciden.

D. SEVERO.

Pero el que piensa  
con madurez, el que trata  
de seguir siempre la senda  
del deber y la virtud,  
debe transigir con ellas.

D. CARLOS.

Si se complace en la infamia,  
que transija enhorabuena.

D. SEVERO.

¿En la infamia?

D. CARLOS.

Pues, ¿y cómo  
se puede llamar la bafa,  
el desprecio, los baldones,  
que á los prudentes esperan  
en premio de su conducta?

D. SEVERO.

Les sobra con su conciencia.

D. CARLOS.

Mui bien defiendes tu causa.

D. SEVERO.

Es confesion ó indirecta?

D. CARLOS.

Como quieras entenderlo,  
pero permite que crea  
que ese tono magistral,  
esa estudiada elocuencia  
y una cierta timidez,  
que á pesar tuyo se muestra,  
dan á entender...

D. SEVERO.

¿Qué?

D. CARLOS.

Tan solo  
que es más miedo que prudencia.

D. SEVERO.

¿Volvemos á los insultos?

D. CARLOS.

Al contrario: á mi me alegra  
infinito que á tu Flora  
se le ofrezca tan risueña  
perspectiva. Un sempiterno  
marido con la moderna  
cualidad de no gustar  
de lances ni de quimeras,  
es un fortunon desecho.

D. SEVERO.

¿Callas?

D. CARLOS.

¿Hai toros de cuerda  
en tu lugar? Si los hai  
no asistas, porque se llevan  
á veces sendos porrazos.

D. SEVERO.

Ya me falta la paciencia. *aparte.*

D. CARLOS.

Y siempre es mucho mejor  
morir de gota serena.

D. SEVERO.

Hablador de Barrabas,  
lo que buscas es pendencia,  
y la tendras porque calles.

D. CARLOS.

¿Cuándo ha de ser?

D. SEVERO.

Cuando quieras.

D. CARLOS.

Pues ahora mismo.

D. SEVERO.

Ahora mismo.

D. CARLOS.

¿Tienes padrino?

D. SEVERO.

¿Tu sueñas?

¡Padrino! Pues ¿quién se casa,  
ó se bautiza, ó se vela?

D. CARLOS.

El ceremonial exige  
la indispensable presencia  
de dos amigos, que juzguen  
si ambos se matan en regla.

D. SEVERO.

Yo aquí no conozco á nadie.

D. CARLOS.

Muy bien, y pase por esta.

¿Vamos?

D. SEVERO.

Vamos.

D. CARLOS.

Oyes, baja  
poco á poco la escalera,  
que yo voy por las pistolas.

D. SEVERO.

Cuidado no te detengas.



Bueno es que un loco me obligue (*ap.  
á hollar por la vez primera yéndose.*)  
mis principios. ¡Qué remedio  
tiene! Y ¿quién tiene paciencia!  
para sufrir sin motivo  
dicterios, insultos, befas  
y provocaciones? Vaya,  
ya no extraño que sucedan  
dos mil lances cada día,  
y que un hombre de prudencia  
sin gustar de espadachines,  
muchas veces lo parezca.

SCENA VI.

*D. CARLOS, D. FERMIN, COLASA.*

*DOÑA TOMASA Y D. PEDRO.*

*D. CARLOS.*

Señores, oid, escuchad  
al rei de armas.

*COLASA.*

¿Qué me ordena?

*D. FERMIN.*

¿Qué quieres?

*D. CARLOS.*

Solo deciros

en dos palabras y media,  
 que gracias á mis ardidés,  
 y á su ninguna esperiencia,  
 tenemos ya al señor mio  
 cogido en la ratonera;  
 que vamos desafiados,  
 que las pistolas no llevan  
 sino pólvora, que asi  
 es probable que no muera  
 ninguno, que arrepentidos  
 de nuestra injusta pendencia,  
 juraremos olvidarla;  
 y yo lleno de terneza  
 á mi Flora cederé,  
 y mis derechos con ella;  
 pero como siempre es bueno,  
 que nada de esto lo sepan  
 vnds. por disimulo,  
 irá, que quiera ó no quiera,  
 á pasar toda la noche  
 al garito de la Pepa.  
 El fastidio, la ocasion,  
 y cierta condescendencia  
 que se debe á los estraños,  
 harán que juegue, y que pierda  
 el poco ó mucho dinero  
 que lléve en la faltriquera;  
 y aburrido y descontento  
 lo traeré cuando amanezca  
 á que vnds. padres graves,  
 pongan fin á la comedia.

## SCENA VII.

D. FERMIN, D. PEDRO, COLASA  
Y DOÑA TOMASA.

D. FERMIN.

Carlos, mira, escucha, aguarda.

COLASA.

Sí, llame vmd. á otra puerta,  
que segun va no le alcanza  
una bala de escopeta.

D. FERMIN.

¡Válgame Dios con el chico!

D. PEDRO.

¿Cuál era la intencion vuestra  
en detenerlo?

D. FERMIN.

No sé.

Estas armas me rebientan,  
que al fin el diablo las carga.

D. PEDRO.

Déjese vmd. de simplezas.

¿No las ha visto cargar?

D. FERMIN.

Sí; pero....

D. PEDRO.

¿Pero qué?

D. FERMIN.

¡Buena pregunta! al fin son pistolas.

D. PEDRO.

Buenas noches.

D. FERMIN.

Qué ¿nos deja vmd.?

D. PEDRO.

Pues ¿hai que velar algun enfermo?

D. FERMIN.

Quisiera saber en lo que paraba.

D. PEDRO.

Amigo, larga la lleva vmd. entonces; porque ahora son las diez y media, y hasta las siete lo menos....

D. FERMIN.

Segun eso, me aconseja  
vmd. me desnude.

D. PEDRO.

Y que  
duerma vmd. á pierna suelta.  
Fuera lo demas locura.

D. FERMIN.

No sé si podré.

D. PEDRO.

Agur.

D. FERMIN.

Ea,

hasta mañana temprano,  
¿no es verdad?

D. PEDRO.

Sin duda.

D. FERMIN.

Buenas

noches. Nicolasa, alumbrá  
al señor.... Tú ¿no te acuestas? (á

DOÑA TOMASA. Tom.)

¿Por qué no?



D. FERMIN.

¿Como es tu novio?

DOÑA TOMASA.

¿Qué importa para que duerma?

Demasiado velaré

luego que ya no lo sea;

porque entonces, los cuidados

ya vé vmd. siempre desvelan.

D. FERMIN.

Tienes razon, hija mia,

duerme bien, y toma fuerzas

para sufrir los cuidados

que, segun dices, te esperan.

---

 ACTO CUARTO.

## SCENA PRIMERA.

D. SEVERO Y D. CARLOS.

D. CARLOS.

¿Quién pudiera preveer  
que te cegaras, maldito?

D. SEVERO.

Todo el que entra en un garito  
ha de jugar y perder.  
Asi nada es de estrañar  
que yo jugara y perdiera ;  
lo que sí me desespera,  
es me dejase arrastrar  
por un loco como tú  
á esa lóbrega mansion.

D. CARLOS.

Es casa de diversion.

D. SEVERO.

Es casa de Bercebu.

D. CARLOS.

¿Aun la cólera te dura?

¿Qué viste tan malo allí  
que así te altera?

D. SEVERO.

Yo vi  
un infierno en miniatura,  
y no merece otro nombre,  
porque se deja al entrar  
cuanto puede recordar  
los privilegios del hombre.  
En un ahumado aposento,  
anegado en porquería,  
he visto en un solo día  
lo que no pudiera en ciento.  
Sobre una mesa ó bufete  
allí un mandil se descubrió,  
que más empuerca que encubte,  
y al que se llama tapete.  
Yace encima un mal belón  
moribundo, desdichado,  
quien, á pesar de su estado,  
manifestó la intención  
que de alumbrarnos tenía;  
mas le faltó un requisito,  
y fue el aceite maldito,  
que estaba en Andalucía.  
Pues de esta mesa al redor,  
y por tal luz alumbrados,  
encontramos ya sentados,  
esperando un redentor,  
á una porción de estafermos,

que por ser desaliñados,  
flacos, puercos y estropeados,  
me parecieron enfermos.

Pero ¡ai Dios y que sudores  
tuve! ¡que susto me diste  
cuando al oído me dijiste  
estos son los jugadores.

Luego descubrí al banquero  
fumando su cigarrito,  
manejando aquel librito,  
ó recogiendo dinero.

A bosquejar no me atrevo  
ni sus dedos, ni sus uñas,  
no se quejen las garduñas,  
ó chille un cristiano nuevo;  
pero añadiré sencillo,  
que si le encuentro en la calle,  
en lugar de saludalle  
le doi mi capa y bolsillo.

¡Qué juramentos! ¡qué horrores!  
¡qué reniegos! ¡qué porvidas!  
y otras voces conocidas  
tan solo entre jugadores.

Acá gana una *judia*,  
allí las sotas *se dan*,  
piérdese un buen *ganarán*  
ó quiebra *contra judia*.

Allí sin *soga*, se *amarra*,  
se *apunta* sin escopeta,  
sin necesidad *se aprieta*,  
se *mata* sin cimitarra :

tambien *se entierra* sin ser  
 doctor ni sepulturero ,  
 y en fin se pierde el dinero  
 sin oir, sin hablar, sin ver.  
 Estos, amiguito, son  
 los primores, que sin tasa  
 se encuentran en esa casa,  
 que llamas de diversion.  
 Y no siento, ciertamente,  
 haber jugado y perdido,  
 sino el haber conocido  
 pocilga tan indecente.

D. CARLOS.

Es verdad; pero disculpa  
 tengo, y sabes que el entrar  
 fue solo disimular.

D. SEVERO.

No: tu no tienes la culpa:  
 bien lo sé. La culpa es mia,  
 mi confesion es bien clara,  
 y obré anoche, cual obrara  
 un chico de Escuela pia.  
 Si yo hubiera despreciado  
 tus brabatas, si me rio  
 y no admito el desafio,  
 todo estaba remediado.  
 El deber y la amistad  
 me lo mandaban asi,  
 y aunque yo lo conocí



me cegó la vanidad.  
Luego, ya se vé, quisimos  
disimular este error,  
cometiendo otro mayor.

¿Y que es lo que conseguimos?  
pasar una noche entera  
mezclados con gariteros,  
malgastar nuestros dineros,  
y perder la lisongera  
opinión de la honradez.

D. CARLOS.

¿Y quién saberlo podrá?

D. SEVERO.

La conciencia.

D. CARLOS.

Callará.

D. SEVERO.

¿Calla jamas este juez?

D. CARLOS.

Vamos, vamos, ten paciencia,  
que segun voi entendiendo,  
aun estan todos durmiendo  
en casa; y por consecuencia  
nuestra falta no han notado.

D. SEVERO.

¿Y los criados?

D. CARLOS.

¿Presumir  
quieres que lo han de decir?

D. SEVERO.

Un secreto en un criado  
se indigesta luego , luego.

D. CARLOS.

Es que yo les prevendré  
que callen.

D. SEVERO.

Peor.

D. CARLOS.

¿Y por qué?

D. SEVERO.

Porque pierdes criado y ruego.  
Depender del dependiente ,  
es trocar los frenos , Carlos ;  
y quien llega á equivocarlos  
no deshace facilmente  
tamaña equivocacion ,  
lográndose de este modo  
que uno pierda su acomodo ,  
y el otro su estimacion.

D. CARLOS.

No importa , vóiles á hablar.

D. SEVERO.  
¿Al fin te decides?

D. CARLOS.

Sí.

D. SEVERO.

Haz lo que quieras, y di,  
pues vas adentro, á Gaspar,  
que venga sin dilacion.

D. CARLOS.

¿Tienes algo que mandarle?

D. SEVERO.

Si: se me ha ocurrido enviarle  
á casa.

D. CARLOS.

Alguna comision  
para el viejo, eh?

D. SEVERO.

Pues.

D. CARLOS.

Ya estoi:  
quizá será por dinero.

D. SEVERO.

Hombre no seas majadero:

anda si quieres.

D. CARLOS.

Voi, voi.

SCENA II.

D. SEVERO solo.

D. SEVERO.

¡Ya mi paciencia se apura!  
 No existe mayor tormento  
 que estar uno descontento  
 de sí mismo. ¡Qué locura  
 la de anoche, y qué vileza  
 al mismo tiempo! ¡Qué! ¿Es dable  
 que, jugador miserable,  
 perdiera yo la cabeza,  
 hasta el punto de jugar  
 dinero que no era mio?  
 Y despues de un desafio!...  
 y despues de enamorar  
 la novia de quien me debe  
 su primera educacion...!  
 Pues, señor, en conclusion,  
 soi un picaro, un aleve.  
 ¿Y era yo quien presumia  
 no tener ningun defecto?  
 ¿era yo el hombre perfecto?  
 y al primer tapon... Daria  
 cuanto tengo y tener puedo

por morirme ahora, ahora...  
 pero ¡es tan linda esta Flora!  
 ¡Y quien sabe si por miedo  
 hubieran todos tenido  
 mi prudencia...? A nadie agrada  
 pasar por cobarde... y nada  
 mas simple que enfurecido  
 cuando Carlos me injurió,  
 me acordase que primero  
 he nacido caballero  
 que no su amigo... pues no,  
 no he sido tan delincuente;  
 y cuanto mas reflexiono  
 encuentro mas en mi abono.  
 Si Gaspar va diligente,  
 y vuelve con el dinero,  
 antes que este D. Fermin  
 me lo pida, ya por fin  
 del mal el menos. Yo quiero  
 suponer por un momento  
 que se ignore lo ocurrido:  
 entonces nada hai perdido.  
 Pues bien, tomemos aliento,  
 que quizá no se sabrá,  
 y siempre que en adelante  
 viva mas cauto, es constante  
 que el mundo me apreciará  
 como me apreció hasta aqui.  
 Bien dice Carlos, que soi  
 mui tímido: asi desde hoi  
 he de ser lo que antes fui.



## SCENA III.

D. SEVERO Y GASPAR.

D. SEVERO.

¿Gaspar?

GASPAR.

Señor, os confieso  
que yo he sido un malandrin,  
un borracho, un puerco-espín.

D. SEVERO.

Vamos, no hablemos ya de eso:  
si la primera impresion  
de una culpa nos altera,  
luego la hacen mas ligera  
el tiempo y la reflexion.  
Asi que ya no me irrita  
lo que ayer juzgué gran culpa.

GASPAR.

Cuando mi amo me disculpa *aparte.*  
sin duda me necesita.

D. SEVERO.

Siempre fiel te he conocido,  
servicial, de buen humor.

GASPAR.

¡Ai que me alaba, señor! *aparte.*

¿Qué es lo que habrá sucedido?

D. SEVERO.

Y darte una prueba quiero,  
Gaspar, de mi estimacion,  
enviándote en comision  
á casa.

GASPAR

¿Por?

D. SEVERO.

Por dinero.

GASPAR.

¡Ya!

D. SEVERO.

A mi padre has de decir  
algun cuento, una ficcion,  
que perdí por distraccion  
la bolsa, que..

GASPAR.

Eso es mentir.

D. SEVERO.

Mentir no, que en realidad  
para dañar no conspira.

GASPAR.

Ello no será mentira,

mas no es decir la verdad.

D. SEVERO.

Con que ¿no quieres?

GASPAR.

Querré  
si vmd. lo toma á su cuenta.

D. SEVERO.

Tu escrúpulo me rebienta.

Si tomo.

GASPAR.

Pues mentiré.

D. SEVERO.

Le dirás que en Villafranca  
me ha sucedido un fracaso...  
cualquier cosa, porque el caso  
es que no tengo una blanca;  
pero por Dios te suplico  
que vayas y vuelvas pronto.

GASPAR.

¡Toma! Pues ¿soi yo algun tonto?

Voi á ensillar el borrico  
de D. Fermin.

D. SEVERO.

¿Estas loco?

¿en borrico?... dáme risa.  
 Si esto llamas ir aprisa  
 ¿qué será tu poco á poco?  
 No, señor, has de alquilar  
 la mejor mula de paso,  
 y dia y noche (este es el caso)  
 has de andar sin descansar.  
 ¿Lo entiendes?

GASPAR.

Si que lo entiendo.

D. SEVERO.

Pues bien, marcha á prevenir  
 mula y alforja.

GASPAR.

¿Y me he de ir  
 sin carta de vmd.?

D. SEVERO.

Corriendo  
 voi á escribir una esquila  
 para padre que razon  
 tienes.

GASPAR.

Pues, señor, alon.

D. SEVERO.

Oyes, no olvides la espuela.

## SCENA IV.

D. SEVERO solo.

D. SEVERO.

¡ Cuanto cuesta el enmendar  
 un error! si se supiera,  
 mas facil mil veces fuera  
 obrar bien, que no faltar.  
 Y aunque nuestro orgullo es ciego,  
 el desengaño no es mudo,  
 por eso lo que no pudo  
 el crimen, lo puede luego  
 la verguenza de que clara  
 se descubra su fealdad.  
 ¡ Qué compasion en verdad  
 merece el que se separa  
 de la linea del deber!  
 ¡ Infeliz! Harto le cuesta,  
 y el tiempo me manifiesta  
 lo que no supe entender,  
 cuando venturoso el nombre  
 ignoraba del disgusto;  
 mas ¡ ay! que siempre fue injusto,  
 si fue venturoso el hombre.

## SCENA V.

D. PEDRO Y DICHO.

D. PEDRO.

¡ Cuanto agradezco á mi estrella



D. SEVERO el encontraros  
solo!

D. SEVERO.

¡Ola, señor D. Pedro!  
¿levantado tan temprano?

D. PEDRO.

¡Ay amigo de mi vida!  
siempre madruga un cuidado.

D. SEVERO.

Es verdad.

D. PEDRO.

Y por desgracia  
yo me encuentro hoy en el caso  
de necesitar consejos,  
de reclamar los sagrados  
derechos de la amistad.

D. SEVERO.

Pues ¿cómo?

D. PEDRO.

Solos estamos,  
supongo?

D. SEVERO.

Si.

D. PEDRO.

Es que sintiera

que pudieran escucharnos,  
y despues...

D. SEVERO.

No tema vmd.,  
pues aun no se ha levantado

D. Fermin, y la familia  
anda en sus quehaceres.

D. PEDRO.

¡Bravo!  
nada entonces me detiene.

D. SEVERO.

¿Qué será esto? *aparte.*

D. PEDRO.

Amigo, me hallo  
en un fiero compromiso.

D. SEVERO.

¿Y puedo serviros de algo,  
señor D. Pedro?

D. PEDRO.

Si tal,  
me podeis servir de tanto,  
que solamente confio,  
para salir del barranco  
en que estoi, en vuestro celo  
en la amistad, en el raro

y prodigioso talento  
que os adorna.

D. SEVERO.

Demasiado  
me honra vmd, amigo mio;  
y os suplico, que dejando  
esos elogios, digais  
en que tan afortunado  
podré ser, que útil os sea.

D. PEDRO.

Pero siempre es necesario  
establecer los motivos  
que me impelen á buscaros.  
De otro modo os sorprendiera,  
sin duda que entre los varios  
amigos que tengo, os busque  
y prefiera, siendo el lazo  
que nos une tan reciente;  
y esto fuera mui estraño  
á no mediar lo que media.  
Mas, amigo, vamos claros,  
nunca se repara en fechas  
cuando se necesita.

D. SEVERO.

Hartos  
egemplos pueden citarse  
de esta verdad.

D. PEDRO.

Yo ahora trato  
de buscar un hombre serio,  
justo, desinteresado,  
imparcial, fiel, virtuoso,  
y este sois vos.

D. SEVERO.

El retrato *aparte*  
no es del todo parecido.

D. PEDRO.

Sus luces de vmd., sus vastos  
conocimientos, sus rectos  
principios, y su exaltado  
amor á la virtud, pueden  
asegurarme que el sano  
consejo que necesito,  
estará exento de humanos  
intereses, de pasiones,  
y de esos afectos bajos,  
que dirigen comunmente  
los que damos y tomamos.

D. SEVERO.

En lo que alcanzan mis luces,  
señor D. Pedro...

D. PEDRO.

Bien. Paso

al asunto. Yo me encuentro, como juez y magistrado, en la dura alternativa, en el caso triste y raro de tener que atropellar un amigo, ó los sagrados derechos de un ministerio terrible, mas necesario.

D. SEVERO.

¿Y este amigo ha delinquido?

D. PEDRO.

La lei le condena.

D. SEVERO.

¿El caso os parece tan difícil?

D. PEDRO.

Si me parece; pues varios incidentes favorecen y escudan su atropellado arrojó. Luego es mi amigo, nos tratamos como hermanos ambas familias, y es fuerte cosa verse precisados....

D. SEVERO.

Pero la lei

D. PEDRO.

En cuanto á eso



no puedo disimularlo :  
le coge de medio á medio.

D. SEVERO.

Pues , señor , un magistrado  
no debe entonces dudar ;  
y es un crimen el retardo  
mas pequeño , la menor  
dilacion , si fuere en daño  
de su augusto ministerio.

D. PEDRO.

Ni yo de ofenderlo trato ;  
pero pudiera , como hombre ,  
encontrar mas avisado  
el medio de conciliar...

D. SEVERO.

Imposible es encontrarlo.  
La lei indica la senda ,  
y el juez los ojos cerrados ,  
debe seguirla y llegar  
al fin propuesto. Si incauto  
los abre , arriesga el perderse ,  
pues buscará los atajos ,  
y con ellos los peligros.

D. PEDRO.

¿ Con que prescindo de cuanto  
me interese en su favor ?

D. SEVERO.

¡Sí, señor, ó vais errado.

Y no os parezca tampoco  
que haceis un extraordinario  
sacrificio. No, en la historia  
encontrareis un romano  
Dictador que condenó  
á su hijo. Tambien un Casio  
y un Bruto que dieron muerte,  
uno al padre, otro al amado  
bienhechor. En fin, mil hechos  
iguales, que demostraros  
podrán, cuánto los afectos  
se miran subordinados  
á los deberes, y cuánta  
gloria nos da el sujetarlos.

D. PEDRO.

Mil gracias, amigo mio.

Confieso habeis disipado  
todas mis dudas, y pronto,  
pronto conoceréis si hago  
caso de vuestros consejos.

D. SEVERO.

¡Ola! ya se ha levantado

D. Fermin.

D. PEDRO.

Tanto mejor.

Ahora vereis lo que valgo  
cuando amigos como vos,  
me infunden valor.

D. SEVERO.

El diablo  
me lleve, si yo comprendo  
qué analogía...

SCENA VI.

D. FERMIN, DOÑA TOMASA,  
D. CARLOS, COLASA y dichos.

D. FERMIN.

¡Levantados,  
y á estas horas ya en visita!  
Pues esto, ó mucho me engaño,  
ó es pedirme chocolate.

D. PEDRO.

Sí, chocolate, el que traigo  
no es mui bueno para vmd.

D. FERMIN.

¡ Oiga!

D. PEDRO.

Soi mui desgraciado,  
D. Fermin.

D. FERMIN.

¿Qué dice vmd.?

D. PEDRO.

¿Y he de ser yo, cielo santo,  
quien entregue esta familia  
al dolor?

D. FERMIN.

Pues ¿cómo? claro,  
diga vmd. lo sucedido,  
que esos gestos y esos ascos  
me matan á confusiones,  
y me indican...

D. PEDRO.

Mucho y malo  
deben indicar á vmd,  
y nunca hubiera encontrado  
en mí bastante valor  
(lo confieso) para daros,  
siendo tan amigo vuestro,  
semejante trabucazo,  
si los prudentes consejos  
del hombre que estais mirando,  
mis deberes, como juez,  
no me recordasen sábios:  
si una lógica elocuente  
no me hubiese demostrado,  
que la lei no tiene amigos,

sino aquellos que observando sus preceptos, siguen siempre la línea que ella ha trazado. Por eso, al fin me decido... y á mi pesar.. violentando mis afectos... he venido...

D. FERMIN.

¿A qué, señor? Concluyamos.

D. PEDRO.

A prender á D. Carlitos.

D. SEVERO.

¡Qué escucho! *aparte.*

D. FERMIN.

¿Qué es esto, Carlos?

D. CARLOS.

Lo ignoro, y como no sea por un lance, un altercado que con un desconocido tuve ayer noche, no caigo en lo que pueda ser.

D. FERMIN.

Vaya, á D. Ped.  
es esto?

D. PEDRO.

Lo han acertado



vmds.

D. FERMIN.

¿Y tal friolera  
basta para...

D. PEDRO.

Despacio,  
señor D. Fermin, que yo  
no soi ningun mentecato  
para obrar tan de ligero.  
Sepa vmd. que han delatado  
á Carlos por desafio  
tenido anoche: por varios  
conductos me vino el soplo;  
y yo, como magistrado,  
no puedo disimular  
un hecho que saben tantos.  
Fuera esto comprometerme  
sin ton ni son, y en tal caso  
el individuo...

D. FERMIN.

Ya entiendo.  
Y despues aconsejado  
por D. Severo...

D. PEDRO.

Cierto.

D. FERMIN.

Hombre

¿está vmd. endemoniado?  
¡Este es un cuñadicidio!

D. SEVERO.

Señor D. Fermin, reclamo  
vuestra indulgencia. Escuchadme  
y juzgadme si he faltado  
al deber, ó á la amistad.

D. FERMIN.

Dejeme vmd. por san Pablo. *aleján-*  
A lo menos si ya hubiesen *dose de*  
vmds. emparentado, *él.*  
anda con Dios, que no fuera  
vmd. el primer cuñado,  
ni el último que lo hiciese;  
pero antes es un milagro,  
una cosa nunca vista.

D. SEVERO.

Carlos, tú que me has tratado  
y me conoces á fondo,  
di, si me juzgas tan malo,  
tan perverso, que...

D. CARLOS.

No sé; *idem.*

pero solo si reparo,  
que no aconsejas mui bien.

D. SEVERO.

Flora por Dios...

DOÑA TOMASA.

Mui villano *alejándose*  
vuestro proceder parece; *de él.*  
suspendo mi juicio, y no hago  
poco.

COLASA.

Oiga vmd. un consejo *idem.*  
pues parece aficionado.  
Quien obra mal hace bien  
en callar.

D. SEVERO.

¡Estoi soñando!  
Me desprecian, y huyen todos  
de mí, cual si fuera el diablo,  
sin oirme, sin informarse  
tan siquiera hasta qué grado  
soi criminal. ¿Y por qué  
me huyen? ¿Por qué soi malvado?  
Porque tengo la apariencia  
contra mí: si asi juzgamos  
siempre, no me maravilla  
encontrar tantos culpados.

D. PEDRO.

Juzgamos, ni mas ni menos,  
lo mismo que aconsejamos.  
Cuando no nos duele duro,  
y cuando nos duele blando.

D. SEVERO.

Diga vmd. señor D. Pedro  
á estos señores, si acaso  
pude saber se trataba  
de Carlos.

D. PEDRO.

No le nombramos,  
en efecto.

D. FERMIN.

¡Ola! Pues eso *acercándose.*  
es otra cosa.

D. CARLOS.

En salvando *idem.*  
tu amistad nada me importa  
lo demas.

DOÑA TOMASA.

Pues yo no parto *idem.*  
tan de ligero, por eso  
hice mui bien en dudarlo.

COLASA.

Sí, señora, siempre dije *idem.*  
lo mismo.

D. SEVERO.

¡Qué desengaño,

y qué lección! Lo que siento, señor D. Pedro, y lo extraño á la verdad, es que vmd. me comprometiese tanto.

D. PEDRO.

Señor, yo busqué un consejo que me ilustrase en tamaño compromiso; vmd. no debe resentirse, si arrastrado por la opinion de sus luces....

D. SEVERO.

Pero en empeño tan árduo vmd. debió, cuando menos, nombrarme al interesado, para que yo....

D. PEDRO.

¿Y qué hace el nombre para el hecho?

D. SEVERO.

Sí, que Carlos es mi amigo, y...

D. PEDRO.

Se prescinde de estos febles y mundanos afectos, cuando se trata del bien social.



D. SEVERO.

Sin embargo...

D. PEDRO.

Y sino , acuérdesese vmd.  
de aquel dictador Romano  
que me citó , no hace mucho.

D. SEVERO.

Diré que ha sido un borracho;  
pues de otra suerte no hiciera  
tan repugnante atentado.  
La naturaleza nunca  
pierde sus derechos santos,  
y aquel que los desconoce  
es imbécil, ó malvado.

D. PEDRO.

¿Y Bruto?

D. SEVERO.

¡ Oh ! no le nombreis :  
fue un parricida.

D. PEDRO

Pues Cásio  
no le fue entonces en zaga.

D. SEVERO.

¡ Ya se vé !

D. PEDRO.

Mas lo contrario  
¿no digísteis hace un credo?  
ó al menos lo habré soñado.

D. SEVERO.

Es que entonces....

D. PEDRO.

Es que entonces  
era el paciente un estraño,  
y á su costa siempre es bueno  
ser justo y cargar la mano.  
¿No es verdad?

D. SEVERO.

Que responder *ap.*  
no sé.

D. FERMIN.

Pero ese adversario  
de Carlos, ¿quién es? ¿Se puede  
saber?

D. PEDRO.

Señor, lo ignoramos;  
y si Carlos no lo dice....

D. SEVERO.

Lo diré yo.

D. CARLOS.

¡Mentecato! *á Sev. ap.*  
¿no ves que á tu amada Flora  
comprometes?

D. SEVERO.

Pero Carlos, *(lo mis\_*  
¿he de permitir.... *mo á Carl.)*

D. FERMIN.

¿Qué es eso,  
Señores?

D. CARLOS.

Nada, un encargo  
que le dejo.

D. FERMIN.

¡Lindo cuento!  
Pues como dé los recados  
como los consejos...

D. PEDRO.

Vaya,  
si vmd. no tiene reparo,  
D. Carlos, nos marcharemos  
juntos.

D. CARLOS.

No lo tengo. Vamos.

D. FERMIN.

¡Ai, Virgen santa! Oiga vmd. (*ap. á*  
¿Donde va el chico? *D. Ped.*)

D. PEDRO.

A su cuarto (*ap. á D.*  
á que se desnude, y duerma *Ferm.*)  
el tiempo que ha trasnochado

D. FERMIN.

¡Con qué, á la cárcel! *alto.*

D. PEDRO.

No hai medio:  
es fuerza formar sumario,  
y remitirlo á Pamplona.

D. FERMIN.

Pues, señor, acompañarlo  
quisiera yo hasta la cárcel.

D. PEDRO.

Venga vmd.

D. FERMIN.

Pronto despacho,  
y á mi vuelta, D. Severo, á *D. Sev.*  
tenemos que hablar un rato  
á solas.

D. SEVERO.

Está mui bien.

D. PEDRO.

Vamos, que es muy tarde.

D. CARLOS.

Vamos.

DOÑA TOMASA.

¡Qué desdicha!

COLASA.

¡Señorito

de mi vida!

D. FERMIN.

¡Qué quebranto!

¡En la cárcel un Peralta!

¡Ai, si mis antepasados  
levantaran la cabeza,  
no se armara mal fandango!

SCENA VII.

D. SEVERO solo.

D. SEVERO.

¡Qué me sucede! ¿Qué pasa  
por mí? No se lo que fue;  
mas desde que puse el pie  
en esta maldita casa,  
ni me conozco, ni puedo



hacer sino desatinos.  
 ¡Cuál será, cielos divinos,  
 el fin de todo este enredo!  
 Si se llega á descubrir  
 que fui yo quien ha reñido  
 con Carlos, estoi lucido;  
 y sino, ¿he de permitir  
 que él sufra en dura prision  
 mientras que alegre paseo?  
 es imposible, y yo creo  
 que fuera una vil accion  
 silencio tan criminal.  
 Asi romperlo sabré....  
 Mas ¡necio! ¿y qué ganaré?  
 ¿mi mal calmará su mal?  
 No por cierto, y solamente  
 se logrará en realidad,  
 sin curar la enfermedad,  
 aumentar otro paciente.  
 Mi temor crece á medida  
 que los riesgos se acrecientan,  
 y las dudas atormentan  
 mas mi pecho que la herida:  
 fuerza será que yo busque  
 mi remedio en un consejo,  
 antes de que vuelva el viejo  
 y su cólera me ofusque.  
 A Flora voi á buscar,  
 ella será mi doctor,  
 si un mal que ha causado amor,  
 amor lo sabe curar.

—————

ACTO QUINTO.

SCENA PRIMERA.

DOÑA TOMASA Y D. SEVERO.

DOÑA TOMASA.

Señor vuestra desconfianza  
al desaliento os entrega,  
y os arruina porque os ciega.  
El amor ¿no os da confianza?

D. SEVERO.

El es toda mi esperanza.

DOÑA TOMASA.

Pues bien, si confiais en él,  
á su culto sed mas fiel,  
y no ofendais su respeto.

D. SEVERO.

¿En que?

DOÑA TOMASA.

En dudar de mi afeto;  
que si yo no soi infiel  
á la fe que prometida

os tengo, no sé lo que podais temer.

D. SEVERO.

Yo lo sé.

Temo mi opinion perdida y el grito de una ofendida conciencia, temo tambien el merecido desden del anciano D. Fermin, y temo á todos; que en fin, teme bien quien no obra bien.

DOÑA TOMASA.

Nunca comprender pudiera vuestro extraño sentimiento, si una parábola ó cuento su esplicacion no me diera. Dicen, que allá en la Babiera cierto *quidam* se encontró un pendiente, y que le halló tan fino, terso y brillante, que desde luego diamante y bueno le pareció. Por su desgracia un platero, á quien lo quiso vender, hizo pronto conocer á este pobre caballero, que su valor era cero; y á pesar de su jactancia, confesó al fin, que en sustancia

la joya tan ponderada  
 era (si vmd. no se enfada)  
 solo una piedra, y de Francia.  
 En vano se desespera,  
 llora, se queja y maldice  
 hallazgo tan infelice.  
 Nunca consolado fuera,  
 si la fortuna no hiciera  
 que á su lado reparó,  
 cuando menos lo pensó,  
 un pequeñuelo inocente  
 jugando con el pendiente  
 compañero del que halló.  
 ¡Ola! dijo el aburrido,  
 este niño se complace,  
 y alegre se satisface  
 con un diamante fingido:  
 pues sino hubiera tenido  
 por fino, terso y brillante  
 á mi soñado diamante,  
 tambien con él jugaria:  
 luego la culpa fue mia,  
 y no del hado inconstante.

D. SEVERO.

¡Ai Flora! teneis razon:  
 ya conozco mi flaqueza.

DOÑA TOMASA.

Perdonad á mi franqueza  
 hija de mi estimacion.

D. SEVERO.

Agradezco la lección,  
que ingeniosa me habeis dado:  
la violencia de mi estado  
la debo á mi necio error,  
pues quise darme un valor  
demasiado exagerado.

DOÑA TOMASA.

¿Lo conocéis?

D. SEVERO.

Sí, señora.

DOÑA TOMASA.

Probadlo.

D. SEVERO.

Decid en qué?

DOÑA TOMASA.

Lo diré, y no tardaré;  
pero no puede ser ahora.

D. SEVERO.

Entonces, amable Flora,  
satisfaceros no puedo.

DOÑA TOMASA.

Tengo una especie de miedo...



D. SEVERO.

¿En qué fundais tal engaño?

DOÑA TOMASA.

En que á vuestro desengaño  
todavía no concedo  
toda la fe que pudiera.  
Quedad, Severo, con Dios.

D. SEVERO.

Qué ¿ os vais?

DOÑA TOMASA.

Sí, que con vos  
mas arriesgo que debiera.

D. SEVERO.

Señora, daros quisiera  
esa prueba que pedis.

DOÑA TOMASA.

¿De buena fe lo decís?

D. SEVERO.

¿Lo dudáis?

DOÑA TOMASA.

¡Ai D. Severo!  
si el desengaño es sincero  
mas sabreis que presumis.

## SCENA II.

*D. SEVERO solo.*

D. SEVERO.

Se va y me deja entregado  
 á la incertidumbre fiera,  
 sin que pueda mi cuidado  
 verse jamas aliviado  
 de nn mal que le desespera.  
 ¿Qué será lo que tendrá  
 que decirme esta muger?  
 ignoro lo que será;  
 mas si el tiempo lo dirá,  
 dejémosle, pues, correr.

## SCENA III.

*COLASA y dicho.*

COLASA.

¿D. Severo?

D. SEVERO.

¿Nicolasa?

COLASA.

Aunque ymd, siempre está serio

connigo, yo, sin embargo,  
hace dos horas que espero  
la ocasion de hablar á solas  
con vmd.

D. SEVERO.

¡Ola! ¿En que puedo  
yo servirte?

COLASA.

No, señor,  
si la que puede aqui hacerlo  
en favor de vmd. soi yo.

D. SEVERO.

¿En mi favor?

COLASA.

Si por cierto.  
¿Estamos solos?

D. SEVERO.

¡Dios mio, *ap.*  
volvemos á los misterios  
y á los tapujos! Si estamos.

COLASA.

Pues sepa vmd. D. Severo,  
que aunque parezco criada,  
soi mas de lo que parezco;  
pues soi el único archivo

donde todos los secretos  
de los Peraltas se guardan ;  
soi ademas consejero  
nato del padre , de la hija ,  
del hermano , de los deudos ,  
de los amigos de casa ,  
de los criados , y aun de aquellos  
que llamamos conocidos ,  
porque conocemos menos.

D. SEVERO.

Pues, Colasa , en parangon  
tuyo ; qué hace ese consejo  
de Navarra ?

COLASA.

Yo no sé,  
sino solo que no miento  
ni exagero ; y para prueba  
de lo dicho , decir debo  
á vmd. que tambien conozco  
sus pesares y secretos.  
Cabalito.

D. SEVERO.

¿ Los conoces ?

COLASA.

Sí , señor , ni mas ni menos :  
sino , digalo el amor  
á Doña Flora , los celos

de Carlos, el desafío,  
 luego la casa de juego,  
 la noche pasada en claro,  
 el natural sentimiento  
 por la prision del amigo,  
 los temores y recelos  
 de que se descubra el ajo,  
 y tambien ciertos enredos,  
 como mentiras, ficciones,  
 efugios y...

D. SEVERO.

Basta, veo  
 que estas al cabo de todo,  
 y no es necesario...

COLASA.

Bueno  
 era quitaros la duda,  
 por si acaso.

D. SEVERO.

No la tengo,  
 por cierto.

COLASA.

Pues bien, entonces  
 os diré, sin mas rodeos,  
 que una cierta inclinacion  
 simpática que os profeso...



D. SEVERO.

¡Calla! ¿También se conoce  
en aqueste triste pueblo  
la simpatía?

COLASA.

Sí, señor.

Si cualquiera en estos tiempos  
simpatiza con cualquiera.

D. SEVERO.

Pues, hija, bendiga el cielo  
tales tiempos. Sigue, sigue.

COLASA.

Digo yo, que cierto afecto,  
cuya causa desconozco,  
aunque siento sus efectos,  
me determina á servirlos,  
dandoos, señor, un consejo.

D. SEVERO.

Venga, pues aunque no sea  
un gran partidario de ellos;  
pues dados, son arriesgados,  
y si se reciben, necios.

COLASA.

Mire vmd. lo que es el mio,  
como conozco el terreno,

no haya miedo que nos dañe.

D. SEVERO.

Vaya, dilo.

COLASA.

Os aconsejo  
que os quiteis la mascarilla.

D. SEVERO.

¡La mascarilla!

COLASA.

No veo  
otro camino que pueda  
salvaros.

D. SEVERO.

Ni yo comprendo  
lo que me queréis decir  
con eso.

COLASA:

¿No? pues muy presto  
lo sabreis si me escuchais:  
atencion, y va de cuento.  
Entre los varios quehaceres  
que atosigan á los viejos,  
el primero y principal  
es la eleccion de los yernos.  
Mi amo D. Fermin, no solo,

por su mal tuvo este empeño,  
sino que quiso tambien  
buscar un yerno perfecto;  
y eso es, señor, imposible.  
¿No es cierto?

D. SEVERO.

Cierto, y muy cierto.

COLASA.

Cuando al fin se decidió

por vmd, fue, por supuesto,  
convencido de que habia  
encontrado aquel modelo  
de perfeccion que buscaba;  
y ya vé vmd. si está lejos  
de haberlo hallado: ¿no digo  
bien?

D. SEVERO.

Muy bien.

COLASA.

Si sus defectos  
de vmd, sus calaveradas,  
y todos sus devaneos  
se pudieran descubrir,  
no hai duda que nuestro viejo  
andana se llamaria.  
Entonces vmd, perdiendo  
el engañoso barniz

que ocultaba los remiendos;  
 se quedará tal cual es,  
 y tal cual son entre ciento  
 los noventa y nueve: entonces  
 libre del pasado empeño  
 pudiera vmd. contratar  
 con Flora otro empeño nuevo,  
 y casarse, y tener hijos,  
 y conseguir luego un...

D. SEVERO.

¡Fuego  
 con el consejo que das!  
 ¿Y quieres tú que yo mismo  
 diga y confiese...

COLASA.

¿Qué importa  
 que sea vmd. ó sea un tercero  
 en discórdias, el que cuente  
 todo? Asi siempre es mui bueno  
 el tomar la delantera.

D. SEVERO.

Con todo, tengo recelo;  
 y despues el amor propio  
 padece mucho con estos  
 desenlaces.

COLASA.

¡Ai, señor,

el amor propio y los celos,  
como á los paracaídas  
los sostiene solo el viento.

D. SEVERO.

Sí; pero yo me conozco,  
y aunque estuviera año y medio,  
estoi seguro, Colasa,  
que me faltara el aliento,  
si tuviera que decir  
cara á cara...

COLASA.

¿No es sino eso?  
Pues bien, corre de mi cuenta:  
yo me encargo.

D. SEVERO.

Ni por pienso,  
no quiero que me descubras.

COLASA.

Vmd. lo que tiene es miedo,  
y pues milagrosamente  
nuestro enemigo tenemos  
en campaña, verá vmd.  
si merezco ó no merezco  
la confianza general.

D. SEVERO.

Calla, por Dios.



## SCENA IV.

*D. FERMIN y dichos.*

D. FERMIN.

D. SEVERO,  
estoi contra vmd. lo mismo  
que si fuera ya su suegro.

D. SEVERO.

Pues, señor, lo siento mucho.

D. FERMIN.

Dígame vmd, ¿qué embelecos,  
qué enredos, qué trapisondas  
son estás? ¿por qué está preso  
Carlos? ¿por qué la Florita  
llora? ¿por qué está vmd. serio,  
cabizbajo y taciturno?  
Responda vmd.

D. SEVERO.

Yo me siento  
algo malo, y á eso atribuyo  
mi tristeza.

D. FERMIN.

¿Es del cerebro  
el mal?

COLASA.

¡Jesus! no señor,  
si es el mal del descontento,  
dolencia, que solamente  
suele cebarse en aquellos  
que han estado mas robustos,  
porque los encuentra menos  
hechos á padecer.

D. FERMIN.

Díme,  
Colasa, y qué sabes de eso?

COLASA.

Con que ¿no lo se? Pues vaya,  
preguntadle á D. Severo,  
sino es cierto que padece  
una zozobra, un interno  
disgusto, una comezon  
á manera de recelos,  
y sobre todo, señor,  
un peso en la frente, un peso...

D. FERMIN.

Ese es mal de novios.

COLASA.

Suele  
tambien muchas veces serlo:  
pero aqui no es mal de novios,

que es solo...

D. FERMIN.

¿Qué?

COLASA.

Descontento  
de sí mismo, precision  
de hablar con vmd, gran miedo  
de que se enfade, y por fin,  
indigestion de un secreto  
que necesita salir,  
y no puede.

D. FERMIN.

¿Es esto cierto? á Sev.

D. SEVERO.

Nicolasa se chancea,  
y su genio placentero  
quiere sin duda á mi costa...

COLASA.

No, señor, no me chanco:  
vmd. tiene un secretazo...

D. SEVERO.

Nicolasa...

COLASA.

Yo no entiendo

de señas: harto he callado,  
y si ahora no hablo, reviento.

D. SEVERO.

Pues mejor será que yo  
me retire. Hoi es correo,  
precisamente dos cartas  
tengo que escribir.

COLASA.

No quiero  
que tales cartas se escriban  
hasta salir del aprieto  
consabido. Venga vmd.  
acá, señor D. Severo,  
y diga al que en infuion  
está para ser su suegro,  
cómo ha pasado la noche,  
no en su cama, ni al sereno,  
sino en casa de la Pepa  
la muger del estanquero.

D. FERMIN.

¿Fumando?

COLASA.

No tal, jugando  
y perdiendo su dinero,  
y aun el vuestro de Tafalla.

D. FERMIN.

¿Y qué mas?

COLASA.

Que si fue al juego,  
fue solo por disimulo;  
pues estuvo antes riñendo  
con Carlos.

D. FERMIN.

¡Con Carlos!

COLASA.

Sí,  
por unos ciertos requiebros  
dichos á Doña Florita.

D. FERMIN.

¡Qué! ¡Tambien esa!

COLASA.

Y no fueron,  
por parte del señorito,  
infundados estos celos,  
que el señor gusta de Flora,  
y Flora no gusta menos  
del señor. ¡Ai!... Ya salimos  
del apuro.

D. FERMIN.

¡Qué oigo, cielos!  
Dígame vmd, señor mio,  
si dar entera fe puedo



á lo que dice Colasa.

D. SEVERO.

Señor... hai ciertos momentos  
en que...

D. FERMIN.

No quiero disculpas:  
bien sé que no hai hombre cuerdo  
á caballo, y por lo tanto,  
sin dilacion ni rodeos,  
solo exijo una respuesta  
categórica.

D. SEVERO.

No encuentro  
que decir.

D. FERMIN.

Vamos, ¿sí ó no?

D. SEVERO.

Pues, Señor, yo lo confieso:  
es verdad cuanto ella dijo.

D. FERMIN.

¿Cierto?

D. SEVERO.

Cierto.

D. FERMIN.

Eso supuesto,

dáme los brazos , y aprieta ,  
que estoi loco de contento.

D. SEVERO.

¿Qué es esto ?

D. FERMIN.

Válgame Dios,  
qué fortuna !

D. SEVERO.

¿Estoi durmiendo ?

D. FERMIN.

¿ Un yerno amable , sensible ,  
y enamorado en extremo ;  
un yerno pundonoroso  
y nada cobarde ; un yerno  
amigo de diversiones ,  
de trasnoches y de juegos ?  
¿Qué hallazgo ! Yo , que esperaba ,  
teniendo un yerno perfecto ,  
ser mártir de su virtud ,  
hallarme uno , de quien puedo  
murmurar , quien sabrá darme  
á cada instante pretextos  
para renirle , y quejarme  
á los vecinos y deudos ?  
Vaya , vaya , ¡ qué fortuna !  
Ahora si que seré suegro  
en forma , sin menoscabo

de mi clase y privilegios.  
 Mas ¿qué es lo que me detiene?  
 ¿por qué no marchó corriendo  
 á buscar un escribano  
 y un cura, que os casen luego?

COLASA.

¡Qué los case! ¿Quién con quién?

D. FERMIN.

Mi Tomasa con Severo:

¡buena pregunta!

COLASA.

¿Y Florita?

D. FERMIN.

Que se vaya á los infiernos.

A Dios, á Dios, yerno mio,  
 ten paciencia, pronto vuelvo.

D. SEVERO.

Esperad, por Dios, señor,  
 escuchadme.

D. FERMIN.

Ya no hai tiempo;  
 pero cuando estes casado  
 te escucharé como un muerto.

SCENA V.

*D. SEVERO Y COLASA.*

D. SEVERO.

Ahora bien, Colasa,  
¿qué podras decir  
de tal aventura?

COLASA.

Callar y reir.

D. SEVERO.

¿Reir?

COLASA.

Sí por cierto.

D. SEVERO.

¿Te burlas de mí?

COLASA.

No tal; pero ¿cómo  
podré resistir  
el flujo de risa  
cuando D Fermin  
en vez de enfadarse,  
te casa?

D. SEVERO.

Y por tí,

por tí solo ha sido.

COLASA.

¿Y quién presumir  
 pudiera este lance?  
 Mas, en fin, decid,  
 ¿os casais?

D. SEVERO.

¿Y cómo  
 lo puedo eludir?

COLASA.

Pronunciando un *no*  
 en lugar de un *sí*.

D. SEVERO.

¡Qué extraño suceso!

COLASA.

De un viejo mastin  
 es el tragadero  
 puerta de toril.

D. SEVERO.

Colasa ¿qué haremos?

COLASA.

Fuerza es discurrir  
 un medio.



D. SEVERO.

¿Y qué medie?

COLASA.

¿Queréis por san Gil,  
que os dé otro consejo?

D. SEVERO.

Vaya por Dios. Di.

COLASA.

Quién es tan cobarde  
que teme sufrir,  
no busque en los otros  
lo que no halla en sí;  
que el valor ageno  
no puede servir  
en daño tan propio  
como el suyo; así  
sufra su quebranto  
ó aprenda á vivir.

SCENA VI.

*DONA TOMASA y dichos.*

DOÑA TOMASA.

Severo, Colasa,  
¡ai triste de mí!

perdidos estamos.

D. SEVERO.

¿Qué sucede? di.

COLASA:

¿Qué es esto, señora?

DOÑA TOMASA.

¡Ai, que entrar yo vi  
al señor D. Pedro!

COLASA.

¿Solo?

DOÑA TOMASA.

Un ministril  
enjambre le sigue,  
y vienen por tí,  
sin duda, Severo.

D. SEVERO.

Dejadlos subir,  
que nunca he temido  
la cárcel por sí,  
sino porque pude  
antes delinquir.

SCENA VII.

*D. PEDRO y dichos.*

D. PEDRO.

Señor D. Severo,  
¿prometeis decir  
verdad?

D. SEVERO:

Jamas supe  
qué cosa es mentir.

D. PEDRO.

¿Sois vos quien con Carlos  
hubo de reñir  
ayer por la noche?

D. SEVERO.

Sí, señor, yo fui.

D. PEDRO.

¿Qué puede excusaros?

D. SEVERO.

Ser hombre, y que en mí  
se hallen las flaquezas  
que en los otros vi.

D. PEDRO.

Pues debo prenderos.

D. SEVERO.

Prended y cumplid  
como juez, que yo  
como hombre cumplí.

D. PEDRO.

Alguaciles, ola,  
al punto venid.

SCENA ULTIMA.

*D. FERMIN, D. CARLOS y dichos*

D. CARLOS.

Aquí está un cuñado.

D. FERMIN.

Y un suegro está aquí.

COLASA.

Dos son solo, y sobra  
mas de un alguacil  
para sujetar  
aunque fuera al Cid.

D. SEVERO.

Pero señores, ¿qué es esto?  
¡Qué dichosa novedad!  
¿Carlos puesto en libertad

tan impensado, tan presto?  
 Todos callan: ¡lindo afán!  
 ¿No se me quiere decir  
 de donde pudo venir  
 tanta dicha?... y ¿donde estan  
 los alguaciles, que preso  
 debieron ponerme ahora?  
 Dilo, Carlos; hablad, Flora,  
 ó ¿quereis que pierda el seso?  
 De una duda tan cruel  
 evitadme los temores.

D. FERMIN.

Y ¿quien le pone, señores,  
 á este gato el cascabel?  
 ¿quien le dice la verdad?

D. PEDRO.

A vos os toca.

D. FERMIN.

A mí no.

D. CARLOS.

Yo no lo digo.

COLASA.

Ni yo.

D. FERMIN.

D. Pedro hablad.



D. CARLOS.

Padre hablad.

D. FERMIN.

Habla tú.

D. CARLOS.

¿Quién esto vió?  
los hijos deben callar.

D. SEVERO.

Con qué ¿nadie quiere hablar?

DOÑA TOMASA.

Sino quieren lo haré yo.

Ignoro si me asegura  
mi sexo la impunidad;  
pero sabed la verdad  
aunque arriesgue mi ventura.

Señor D. Severo, si  
de alguno os podeis quejar,  
no teneis que titubear,  
pues debe de ser de mi.

Y en prueba, deciros quiero,  
aunque á Flora hayais querido,  
que Flora es nombre fingido,  
y Tomasa el verdadero.

D. SEVERO.

Señora, ¿vos sois Tomasa?

DOÑA TOMASA.

Sí señor , de mala gana.

D. SEVERO.

¿Y sois de Carlos hermana?

DOÑA TOMASA.

No tiene otra hermana en casa.

D. SEVERO.

Luego ha sido fingimiento  
su pasión, vuestro desvío,  
sus celos y el desafío.

DOÑA TOMASA.

No hai duda : todo fue cuento.

D. SEVERO.

¿Y qué causa provocó  
tal enredo?

DOÑA TOMASA.

Vuestra fama.

D. SEVERO.

¿Mi fama?

DOÑA TOMASA.

Sí, que una dama  
siempre un marido temió

con la rara cualidad  
de perfecto en demasia,  
que un necio solo confia  
en la agena necesidad.

D. SEVERO.

Luego quisisteis que yo  
desatinos cometiera.

DOÑA TOMASA.

Y quisimos bien, pues era  
el camino que se halló  
para haceros conocer  
el valor de la indulgencia.

D. SEVERO.

¡Tan bella y con tal prudencia!

DOÑA TOMASA.

Siempre es bueno preveer.

D. SEVERO.

La leccion es harto dura.

DOÑA TOMASA.

¿Cuándo es blanda una leccion?

D. SEVERO.

¿Quién á tal conjuracion  
resistiera? la hermosura,  
la amistad y la experiencia

se reunieron en mi daño;  
 por lo mismo no es extraño  
 sucumbiera mi inocencia.

DOÑA TOMASA.

Aquestas conjuraciones  
 solo os pueden enseñar:  
 temed las que han de formar  
 mui pronto vuestras pasiones.  
 Estas son, sin duda alguna,  
 las que mas debeis temer,  
 y si las lograis vencer,  
 bendecid vuestra fortuna;  
 sin que por eso, señor,  
 insulteis al que es vencido,  
 pues el hubiera querido  
 ser, como vos, vencedor.

D. SEVERO.

Conozco, Señora mia,  
 vuestra razon, y la aprecio  
 de tal modo, que en desprecio  
 de mi orgullo, quiero un dia  
 ser de todos conocido  
 por tolerante y prudente,  
 que es lo mismo que indulgente.

DOÑA TOMASA.

¿De veras?

D. SEVERO.

Nunca he mentido.

DOÑA TOMASA.

Entonces esta es mi mano,  
si es que mi padre lo aprueba.

D. FERMIN.

Dios os bendiga y os llueva  
mas hijos que en el verano  
hai chinches. Pero, Severo,  
no olvides esta leccion,  
que siempre los buenos son  
á perdonar los primeros.

D. SEVERO.

¡Olvidar esta leccion!  
¡Jesus, Señor, que demencia!  
y en prueba de mi indulgencia  
obtendreis vuestro perdon.

D. FERMIN.

¿Qué dices? ¡oh que delirio!  
¡perdon yo! ¿de qué ó por qué?

D. SEVERO.

Porque vuestra casa fue  
donde he sufrido el martirio  
de una burla asaz pesada,  
siendo los actores de ella  
un anciano, una doncella  
con insulas de casada,  
un juez, y en fin, un amigo



á quien conocí en su infancia;  
 confesad, pues, que en sustancia  
 os excedisteis conmigo;  
 y pues por distintos modos  
 todos, D. Fermin, lo erramos,  
 bueno será que pidamos  
**INDULGENCIA PARA TODOS.**



IN VERITATE  
 LIBERTAS

UNIVERSIDAD SAN PABLO CEU  
 BIBLIOTECA  
 GIL MUNILLA

UNIVERSITY OF CALIFORNIA  
LIBRARY  
7-12-64

UNIVERSITY OF CHICAGO

FUNDACION UNIVERSITARIA SAN PABLO CEU



7010464

